

LA INCIDENCIA DEL TOTALITARISMO EN LA CONFIGURACIÓN DE UNA POLÍTICA EXTERIOR AISLACIONISTA

ANDRÉS FELIPE PATIÑO GARCÍA

UNIVERSIDAD COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

FACULTAD DE RELACIONES INTERNACIONALES

BOGOTÁ D.C., 2016

*“La incidencia del Totalitarismo en la configuración de una política exterior
aislacionista, el caso de la Alemania nazi y Corea del Norte (1933-1960)”*

Estudio de Caso

Presentado como requisito para optar al título de

Internacionalista

En la Facultad de Relaciones Internacionales

Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Presentado por:

Andrés Felipe Patiño García

Dirigido por:

Francisco Galindo Hernández

Semestre I, 2016

AGRADECIMIENTOS

Al final de esta importante etapa de mi vida, debo mirar hacia atrás y reconocer que yo solo nunca hubiera llegado donde estoy. Por lo tanto, agradezco en primera instancia al Señor del Cielo, quien me permitió el privilegio mismo de la vida y no cualquier vida sino la mía, la única e irrepetible. De la misma forma, agradezco a mis padres, Lillian y Gabriel, quienes a pesar de mí mismo no han dejado de estar conmigo en todo momento. Mi madre, sin dejar de presionarme, forzándome a superarme y mi padre, brindándome incondicionalmente todo lo que estuvo a su alcance para culminar esta etapa. Así mismo, agradezco a mis amigos y a mis mascotas Matilda y Rex por estar en los momentos difíciles de manera ineluctable. De igual manera, ostento el más sincero sentimiento de gratitud por Francisco Galindo, mi director de tesis, quien no sólo con sus conocimientos, sino con su inexpugnable humanidad, me brindó toda la ayuda necesaria para lograr este trabajo. Finalmente, agradezco por los momentos difíciles que tenido que afrontar, porque me han forjado como persona y me han permitido conocer a seres humanos extraordinarios.

RESUMEN

El presente estudio de caso consiste en identificar la incidencia del totalitarismo en la configuración de una política exterior aislacionista, tomando los casos del Tercer Reich y la República Democrática Popular de Corea; se trata de inferir si la incidencia de un régimen totalitario en la configuración de una política exterior aislacionista es directa, en tanto que responde al interés nacional del Estado con el fin de implementar reformas y actos que conlleven al aislamiento de la nación de la comunidad internacional. Para dicho efecto, se utilizará el paradigma realista con el que se pretenderán contrastar las diferencias y similitudes entre los casos estudiados. En consecuencia, en la investigación se utilizarán datos de carácter mixto, en tanto su uso cualitativo y cuantitativo.

Palabras clave:

Política exterior, aislacionismo, totalitarismo, Tercer Reich, Corea del Norte, interés nacional, régimen político.

ABSTRACT

This case study is to identify the incidence of totalitarianism in the configuration of an isolationist foreign policy, taking the cases of the Third Reich and the People's Democratic Republic of Korea. Against which we can infer that the incidence of a totalitarian regime in configuring an isolationist foreign policy, is direct, as well as the national interest of the State, in order to implement reforms and acts that lead to the isolation of the nation of the international community. To this effect the realist paradigm will be used in order to contrast the differences and similarities between the cases in reference. Consequently, in the research it's going to be used a mixed data management method, both quantitative and qualitative.

Key words:

Foreign policy, isolationism, totalitarianism, Third Reich, North Korea, national interest, Regime

TABLA DE CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	7
1. DOS ORÍGENES DIFERENTES, UN SOLO OBJETIVO VERDADERO: LA TOMA DEL PODER POR ADOLF HITLER Y KIM IL-SUNG	10
1.1. el surgimiento: los orígenes de adolf hitler	10
1.2. el traslado a múnich y la gran guerra	12
1.3. de <i>verbindungsman</i> (v-mann o espía) a líder del <i>putsch</i> de múnich	13
1.4. el <i>putsch</i> de múnich y el suicidio de alemania: hitler nombrado canciller	14
1.5. el contraste y el espejo: corea sometida por las potencias	16
1.6. la etapa colonial japonesa	17
1.7. el fin de la dominación japonesa y el ascenso de kim il-sung	18
2. ELEMENTOS TEÓRICOS DE UNA POLÍTICA EXTERIOR AISLACIONISTA	21
2.1. el realismo: génesis y autores reconocidos	21
2.2. algunos principios del realismo	23
2.3. el interés nacional	27
2.4. totalitarismo	29
2.5. política exterior y aislacionismo	31
3. DOS TIEMPOS EN UN TIEMPO: LA CONFIGURACIÓN DE UNA POLÍTICA EXTERIOR AISLACIONISTA EN LOS REGÍMENES TOTALITARIOS DE ADOLF HITLER Y KIM IL-SUNG	35
3.1 la consolidación de un partido único en alemania	35
3.2. la consolidación del partido comunista en corea del norte	37
3.3. el culto a la personalidad del <i>fóhrer</i>	39

3.4. “el eterno líder”	40
3.3. la consolidación de la política exterior aislacionista del tercer reich	41
3.4. <i>juche</i> como fuente de la política exterior aislacionista de corea del norte	47
CONCLUSIONES	51
BIBLIOGRAFÍA	

INTRODUCCIÓN

Las vidas de Adolf Hitler y de Kim Il-Sung parecen ser distantes y distintas. A simple vista, pertenecen a dos épocas y culturas completamente opuestas, además de haber dirigido regímenes absolutamente contrarios. Hitler nació en el siglo XIX, en medio de la decadencia del Imperio Austrohúngaro y del renacer del poderío alemán. Kim, por su parte, nació en los albores del siglo XX, dos años antes del inicio de la Gran Guerra de 1914, en una Corea ocupada por el Imperio japonés. Cada uno a su manera fue testigo de una época que los marcaría para siempre.

El final de la Primera Guerra Mundial significó el colapso del sistema monárquico en Alemania. Por primera vez en su historia, la nación germana experimentó un sistema democrático, de buenas intenciones, pero incapaz de mantener la unión y la cohesión indispensables para evitar el resquebrajamiento de una polarizada sociedad que se encontraba perpleja ante la derrota e indignada por las sanciones impuestas por los vencedores en Versalles.

En medio del caos que siguió a la proclamación de la República de Weimar, surgieron partidos políticos por doquier, que prometían la reivindicación de la sociedad alemana ante el mundo y ante la ignominia de la derrota y la humillación. Un desconocido partido de derecha en Múnich, encabezado por un ex cabo del ejército, prometía regresar a Alemania a sus épocas de grandeza y no precisamente a través del diálogo o plegándose al sistema internacional vigente, sino por medio de la lucha y la guerra contra los enemigos de la patria alemana: los judíos y el bolchevismo.

Diez años después que Adolf Hitler fracasara en su intento de tomar el poder del Estado de Baviera a través de un fallido golpe de fuerza y luego de una serie de vicisitudes que serán analizadas con posterioridad, los nazis alcanzaron la cima política cuando su líder fue nombrado Canciller de Alemania. Este suceso marca el punto de partida del presente trabajo de investigación, en lo que respecta a la política aislacionista del Tercer Reich.

Cuando Hitler fue nombrado Canciller del Reich en 1933, Kim Il-Sung combatía en Manchuria a los japoneses. Doce años después, mientras el Tercer Reich se venía abajo en las ruinas del búnker en Berlín, Kim desembarcaba en Corea como pieza clave de la Unión Soviética para desarrollar el modelo comunista en la península. Quizás no se imaginaba los alcances que esta decisión de Iosef Stalin, el dictador soviético, iba a tener para el pueblo coreano.

Luego de la terrible guerra de Corea, Kim purgó de rivales y potenciales enemigos al partido que él mismo había creado y se impuso como líder absoluto con una muy particular adaptación del marxismo: la ideología *Juche*. De esta forma, llevó a Corea a un régimen totalitario, aislado de la comunidad internacional, que sólo tenía contactos con los gobiernos de la URSS, China, Alemania Oriental, entre muy pocos otros. Una vez estuvo firmemente consolidado en el poder, impuso todo un culto a su personalidad y convirtió a Corea del Norte en un Estado inmune a las sanciones y críticas del sistema internacional, provocando incidente con Corea del Sur, Japón y Estados Unidos.

Luego de establecer este breve contexto, la siguiente investigación busca responder a la pregunta: ¿de qué manera incide un régimen totalitario en la configuración de una política exterior aislacionista? Para responder a este cuestionamiento, se plantearon tres objetivos específicos durante la construcción del proyecto de investigación. El primero de ellos establecía que era imprescindible exponer de forma panorámica el contexto histórico y político en el que surgieron la Alemania nazi y el régimen personalista de Kim Il-Sung. El segundo, buscaba conocer los conceptos teóricos indispensables sobre los cuales se realizaría el análisis del caso, tales como política exterior aislacionista, interés nacional, totalitarismo, realismo, para de esta forma cumplir con el tercer objetivo, consistente en buscar elementos de una política exterior aislacionista comunes en los regímenes totalitarios del Tercer Reich y la República Democrática Popular de Corea.

Con motivo de dar cumplimiento a estos objetivos, el trabajo se dividió en tres capítulos. En el primero, se muestra una visión panorámica de los hechos históricos, políticos, militares, económicos, entre otros, que permitieron el surgimiento y posterior ascenso del partido nazi, liderado por Adolf Hitler, a la Cancillería del Reich en enero de 1933. De igual forma, se presenta la forma en que Kim Il-Sung, un guerrillero coreano que luchaba contra la ocupación japonesa de su país, logró establecer un régimen totalitario de corte comunista en la dividida península de Corea, luego de erigirse como el favorito de la Unión Soviética, interesada en expandir el comunismo por el Pacífico luego del fin de la Segunda Guerra Mundial.

El segundo capítulo es un análisis de los conceptos teóricos utilizados a lo largo del trabajo de investigación. Para ello, se tomaron las definiciones y la trayectoria de conceptos como el realismo, totalitarismo, política exterior, aislacionismo e interés nacional, con el fin de establecer de qué forma se aplicaban a las acciones desarrolladas

por los gobernantes de Alemania y Corea del Norte durante sus respectivos periodos de gobierno.

En el tercer capítulo, se analizaron los hechos propios de una política exterior aislacionista en dos regímenes opuestos y contradictorios: el nazismo alemán y el comunismo coreano. De esta forma, se dio cuenta de las constantes violaciones de los nazis a los tratados firmados por Alemania durante la República de Weimar, del despojo territorial hecho a diversos países, de la impunidad con la que se actuó frente a naciones débiles y del distanciamiento que tuvo el Tercer Reich frente a la comunidad internacional. Asimismo, se destacó la adopción de un régimen personalista en Corea, basado en la peculiar adaptación que hizo del marxismo el líder Kim Il-Sung, de la guerra y la agresión hacia Corea del Sur y del cada vez más fuerte aislamiento sufrido por la población por cuenta de un gobierno que buscaba la autarquía completa del país en todos sus campos, lo que implicó el cierre de las fronteras y un acceso cada vez más restringido de los turistas, medios de comunicación o cualquier persona u organismo de carácter internacional.

Sin duda, el trabajo es relevante para el estudio de las Relaciones Internacionales, en la medida en que permite vislumbrar de qué forma el totalitarismo influyó en la adopción de políticas exteriores aislacionistas, ya que como se podrá observar más adelante, tanto los nazis como los norcoreanos, apelaron a este tipo de prácticas con el fin de salvaguardar el interés nacional de sus Estados, bien fuera a través de la obtención de espacios más allá de sus fronteras, como el caso del *Lebensraum* alemán, pasando por encima del sistema jurídico internacional, o como Corea del Norte, que asumió una postura de aislamiento completo de sus fronteras con el fin de no ser perjudicada o influenciada por culturas o ideologías a las que consideraba perversas y negativas.

No se trata, por supuesto, de establecer una comparación más allá de lo planteado en esta introducción y en los capítulos subsiguientes. Las diferencias entre el régimen norcoreano y el Tercer Reich son evidentes, especialmente en la cuestión del ámbito económico y del manejo que de la propiedad privada se hizo en cada país. Se trata, simplemente, de establecer similitudes como regímenes totalitarios que fueron con respecto a la adopción que hicieron de políticas de tipo aislacionista que buscaban satisfacer sus propios intereses nacionales.

1. DOS ORÍGENES DIFERENTES, UN SOLO OBJETIVO VERDADERO: LA TOMA DEL PODER POR ADOLF HITLER Y KIM IL-SUNG

El fin de la Segunda Guerra Mundial (SGM) en el frente europeo durante los primeros días de mayo de 1945, significó el fin del llamado Tercer Reich y la derrota de Alemania. Luego del aparente suicidio de Hitler en la Cancillería del Reich, los nazis conformaron un gobierno provisional que no llegó a sobrevivir una semana y poco a poco, sus dirigentes comenzaron a ser arrestados o a suicidarse tras su captura. El 9 de mayo, la rendición incondicional del ejército alemán era un hecho consumado. La guerra había terminado y, en palabras del almirante Dönitz, "con la ocupación de Alemania, el poder se encuentra en manos de las potencias ocupantes" (Hildebrand, 1988, pág. 143).

En agosto de 1945, el Imperio japonés depuso también las armas. Los bombarderos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki llevaron a que el emperador Michimoniya Hirohito decidiera dar un paso al costado y permitir la rendición de su país. Los Estados Unidos negociaron con los militares y diplomáticos japoneses una salida honrosa para que la figura del gobernante se mantuviera en gran parte intacta y gracias a esta iniciativa, el antiguo imperio se rindió a bordo del acorazado *Missouri* el 2 de septiembre de 1945. (Abella, 1982, pág. 276)

Por esos mismos días, en la península de Corea, los guerrilleros comunistas, armados y asesorados por el Ejército Rojo de la Unión Soviética, celebraban la rendición de Japón. Luego de 40 años de ocupación, el país estaba finalmente libre de los invasores japoneses que habían sometido a los coreanos a toda clase de vejaciones y experimentos científicos y militares. (Castillo, 2002, pág. 37) Iosef Stalin, el dictador soviético, había declarado la guerra a Japón en cuanto se enteró del bombardeo atómico a Hiroshima. Hábilmente, Stalin pretendía ocupar toda la península de Corea una vez que los japoneses se rindieran y de esta forma extender la influencia de la esfera comunista en la región. (Castillo, 2002, pág. 72)

1.1. Los Orígenes: el surgimiento de Adolf Hitler

Adolf Hitler nació en Branau del Inn, Austria, el 20 de abril de 1889. Vivió una infancia relativamente normal con un padre autoritario y una madre complaciente. Desde niño, Hitler mostró un carácter testarudo, que lo llevó a tener serios altercados con su padre,

quien quería que su hijo se convirtiera en un funcionario de aduanas como él. Sin embargo, Alois Hitler, falleció en 1903, y a Hitler se le abrió la posibilidad de viajar a Viena para presentarse como aspirante a la Academia de Bellas Artes y lograr lo que había anhelado desde niño: ser un pintor artístico reconocido. (Fest, 1974, pág. 26)

Para Hitler, la vida en Viena resultó ser insoportable por varias razones. En primer lugar, el hambre y las difíciles condiciones económicas lo ponían en una situación comprometida a diario, ya que apenas ganaba lo suficiente para comer y procurarse algún sustento gracias a su trabajo como dibujante y acuarelista independiente. (Hitler, 1982, pág. 21) En segundo lugar, pronto descubrió una profunda antipatía por el ambiente cosmopolita de la ciudad, por la gran cantidad de “extranjeros” que pululaban sus calles de arriba a abajo: húngaros, magiares, rutenos, serbios, gitanos, eslavos de todo tipo y, lo peor, judíos. Todo esto le hacía pensar que la dinastía de los Habsburgo era tolerante con aquella situación en donde la palabra *nacionalismo* era mal vista y reemplazada por una falsa tolerancia hacia quienes comenzó a considerar como los causantes de todos los males que aquejaban a Viena y a Alemania en general, es decir, los judíos. (Hitler, 1982, págs. 28-29)

Luego de vivir varios años de penurias e incomodidades en la capital del Imperio Austrohúngaro, Hitler llegó a comprender que el sistema parlamentario –del cual gran parte de los diputados eran judíos- era una de las causas principales de la inestabilidad y el desprestigio de la monarquía, por lo que comenzó a pensar que el poder –y lo más importante, la responsabilidad-, recayeran sobre los hombros de una sola persona, de un líder que asumiera ante el pueblo la culpa o la gloria de sus decisiones. (Hitler, 1982, págs. 36-46)

1.2. El traslado a Múnich y la Gran Guerra

Como en Viena, la estancia en Múnich estuvo marcada por la pobreza y la privación. Una vez instalado en una pensión barata, el futuro *Führer* de Alemania se asoció con un hombre que vendía los cuadros y acuarelas por él, pero pronto surgieron las desavenencias y los malentendidos, especialmente a la hora de los pagos y repartos de las comisiones por las ventas. (Machtan, 2001, pág. 65)

El 28 de junio de 1914, estalló la Primera Guerra Mundial, conflicto al que fueron arrastradas la mayor parte de las potencias mundiales debido a una serie de tratados y alianzas militares que exigían la participación de las mismas en caso de

alguna agresión o ataque externo. Un mes después, se declaró la orden movilización del ejército alemán y Hitler se presentó como voluntario. Tras superar un pequeño trámite burocrático (por la cuestión de su nacionalidad austriaca), fue incorporado al regimiento bávaro Liszt, donde se le designó como estafeta (mensajero) de a pie. (Fest, 1974, pág. 82)

Durante octubre de 1918, Hitler cayó herido gravemente en un ataque con gases tóxicos cerca de Ypres, en la actual Bélgica. Estando convaleciente, supo del armisticio donde Alemania reconocía su derrota y entraba en conversaciones con los Aliados. El impacto de la noticia, al parecer, le causó una ceguera temporal. Este estado le sirvió para dar inicio a la leyenda según la cual cuando pudo recuperar la vista, supo que no solo podía ver, sino que también le era posible visualizar su futuro: vengar la afrenta que Alemania había sufrido a manos de marxistas, judíos y socialdemócratas; el soldado había decidido hacerse político. (Hitler, 1982, pág. 88)

1.3. De *Verbindungsmann* (V-Mann o espía) a líder del *putsch* de Múnich

Entre noviembre de 1918 y febrero de 1919, cuando menos, Hitler permaneció como guardián en el campo de prisioneros de Traunstein esperando resolver su situación. Tenía claro que no podía volver de inmediato a la vida civil y su futuro era incierto. En su nueva unidad, descubrió que los consejos de soldados se habían extendido y al parecer hizo parte de alguno de ellos, más por oportunismo que por simpatizar con las ideas que profesaban las tropas y suboficiales de tendencia izquierdista. (Kershaw, 1999, pág. 139) Para finales de mayo o comienzos de junio de 1919, el futuro líder de Alemania fue empleado por la *Reichswehr* (ejército alemán) como *Verbindungsmann* (espía) o “V-Mann” y se le asignó una tarea específica: espiar a los partidos nominalmente llamados “socialistas”, ya fueran de derecha o de izquierda, o todos aquellos que fueran sospechosos de expandir el pacifismo, la democracia o el socialismo dentro de sus programas. Fue así como en septiembre de ese mismo año, Hitler comenzó a asistir a las reuniones de un movimiento llamado Partido de los Trabajadores Alemanes (DAP, por sus siglas en alemán), grupo que parecía sospechoso de imbuir ideas comunistas, pero que era de carácter nacionalista.

El 1 de abril de 1920, Hitler abandonó definitivamente el ejército luego de más de un lustro de permanencia en esa institución y se incorporó al futuro NSDAP. Pronto organizó los grupos de militantes uniformados que mantuvieran el orden en los mítines;

estos hombres recibieron el nombre de *Sturmabteilung*, mejor conocidos como los SA (Secciones de Asalto o “Camisas Pardas”) y se constituyeron como una fuerza de choque para atacar o disolver mítines de los enemigos políticos de los nazis. (Minerbi, 2002, pág. 85)

1.4. El *putsch* de Múnich y el suicidio de Alemania: Hitler nombrado Canciller del Reich

1923 fue un año excepcionalmente crítico en el periodo de la República de Weimar para Alemania. En junio, estalló una crisis inflacionaria sin precedentes, que llevó a una estrepitosa devaluación del marco. Al iniciar la PGM, un dólar se cambiaba por 4 marcos; en junio de 1923, la divisa estadounidense había subido a 17 mil marcos; en agosto el cambio era de un dólar por 4,6 millones de marcos; en septiembre el cambio estaba en 99 millones de marcos y para noviembre, mes del golpe de Estado, el cambio se situaba en un dólar por cada 4 mil millones de marcos. Los precios se dispararon a niveles absurdos (un kilo de mantequilla llegaba a costar 168 millones de marcos) y la especulación y el mercado negro se situaron como alternativas del ciudadano de a pie para mantenerse a flote. (Kershaw, 1999, págs. 212-213)

Todos estos problemas fueron esgrimidos por los nazis como insumo para convencer a los miembros indecisos del partido que veían con malos ojos la ejecución del *putsch* (golpe de Estado o de fuerza). Hitler, junto con Hermann Göring y otros dirigentes, ingresaron a la Burgerbraukeller y detuvieron a los dirigentes bávaros. Luego de llevarlos a una sala, Hitler les explicó que se trataba de una acción de fuerza en contra de la República y no de ellos, así que les pedía que abandonaran sus cargos y permitieran que los nazis, encabezados por él, tomaran el control del gobierno bávaro. Luego de un tiempo en que los dirigentes bávaros se negaron a renunciar y que Hitler amenazara con suicidarse frente a ellos si no accedían a sus peticiones, las cosas comenzaron a complicarse. Los dirigentes de Baviera dieron a Hitler su palabra de oficiales de que apoyarían el golpe al día siguiente y proclamarían un estado de emergencia en la región, siempre y cuando fueran liberados y se les permitiera irse a sus casas. Hitler, quien también había combatido en la guerra de 1914, accedió a liberarlos. Lejos de cumplir su palabra, el triunvirato regresó a las oficinas gubernamentales e hizo un pronunciamiento en donde repudiaban el *putsch*. Seguidamente, convocaron a la

policía y al ejército estatal para que sofocara la revuelta y arrestara a sus líderes. (Elson, 1995, pág. 90)

En la mañana del 9 de noviembre, cerca de unos dos mil miembros del partido, encabezados por Hitler y Erich Ludendorff, comenzaron a marchar por las calles de Múnich hacia la *Odeonplatz*, donde esperaban hacer un mitin. Luego de cruzar varias barricadas policiales que les impedían el paso (los manifestantes lograron pasar gracias a que la mayoría de los policías reconocían a Ludendorff y se negaron a detenerlo), finalmente los nazis se toparon con soldados del ejército mezclados con la Policía, quienes tenían órdenes estrictas de detenerlos. Sin saber exactamente quién o quiénes dispararon primero, se inició un intenso tiroteo de más de dos minutos. Cuando los disparos terminaron, cerca de catorce nazis y cuatro policías yacían muertos en el suelo. (Kershaw, 1999, pág. 222)

Hitler declararía después que el fracaso del *putsch* había sido “el mejor golpe de suerte de mi vida” (Elson, 1995, pág. 90). Los hechos posteriores le dieron la razón. Los golpistas fueron acusados de traición y el juicio se llevó a cabo durante casi un mes. Antes del golpe, el partido nazi era conocido en Múnich y sus alrededores, pero gracias al proceso judicial, comenzó a ser identificado en Alemania e incluso fuera del país. Cuando se leyeron los cargos y se le acusó de traición, Hitler repuso: “No puede haber traición cuando se aspira a reparar la traición de un país” (Elson, 1995, pág. 91).

Internado en la fortaleza de Landsberg, Hitler aprovechó los nueve meses que estuvo recluso para dictar sus memorias a las que llamó “Cuatro años y medio de lucha contra las mentiras, la estupidez y la cobardía”. Rudolph Hess, futuro número dos de la jerarquía nazi y quien por aquel entonces era su secretario, le sugirió un título más corto: *Mein Kampf* (Mi Lucha). El libro tuvo un éxito modesto, pero cuando los nazis llegaron a la Cancillería del Reich en 1933, los ejemplares de la obra llegaron a venderse por millones. (Kershaw, 1999, pág. 250)

En diciembre de 1924, Hitler salió de prisión y lo primero que hizo fue asegurar que nunca más intentaría la toma del poder por la fuerza: “Si ganarles en las urnas toma más tiempo que matarles, al menos el resultado estará garantizado por su propia constitución. Tarde o temprano, tendremos una mayoría..., y luego, Alemania” (Elson, 1995, pág. 92).

Los nazis volvieron a la carga en 1929, cuando se reveló que Alemania tendría que pagar casi 9 mil millones de dólares hasta 1988 por el llamado Plan Young. Si bien es cierto que era una cifra tres veces menor a lo que se estipulaba el Plan Dawes de

1921, las reparaciones de la guerra eran una anatema para Hitler y los nazis centraron toda su campaña de desprestigio en contra del gobierno utilizando estos argumentos. La propaganda que machacaba a diario las tesis del peligro del bolchevismo, del judaísmo y de los traidores de noviembre de 1918, dio sus frutos en 1930, cuando los nazis obtuvieron 107 escaños en el *Reichstag* (Parlamento), convirtiéndose en la tercera fuerza política de Alemania. En 1932, Hitler se presentó como candidato opositor al anciano presidente y ex mariscal y héroe de la PGM, Paul von Hindenburg. Fueron necesarias dos vueltas electorales para que Hindenburg venciera a Hitler, pero estaba claro que los nazis ya no eran un partido marginal, sino una fuerza política para ser tomada en cuenta. De hecho, los nazis volvieron a triunfar en las elecciones parlamentarias de 1932, cuando obtuvieron 230 escaños del *Reichstag* y pasaron a ser los líderes del Parlamento. Así las cosas, y ante una profunda crisis de gobernabilidad debida a la incapacidad de los cancilleres para la aprobación de leyes cruciales, Hindenburg cedió ante las presiones de industriales y políticos y nombró Canciller del Reich a Hitler el 30 de enero de 1933. (Elson, 1995, págs. 92-94)

1.5. El contraste y el espejo: Corea sometida por las potencias

El ascenso de Kim Il Sung estuvo rodeado por circunstancias similares a las que vivió Hitler en muchos aspectos de su vida: una infancia difícil, la ocupación de Corea por parte del Imperio japonés y las duras condiciones impuestas por el invasor al pueblo coreano. En sus memorias, Kim recordaba: “La asfixiante realidad de la Patria reforzó mi convicción de que sólo mediante la lucha, la nación coreana podría expulsar al invasor y vivir feliz en una patria independiente” (Kim, 1994, pág. 106).

Desde finales del siglo XIX, Japón influyó en la política coreana y la obligó a abrir sus fronteras. Esta apertura obligada llevó a la decadencia de Corea y del Reino de Choson. Luego de Japón, China y Rusia llevaron a cabo diversos intentos para influir en la política coreana y obtener tratados que les dieran ventajas similares a las que pudo acceder el Imperio nipón. Entre 1882 y 1994, el gobierno chino intervino en Corea sofocando revueltas de campesinos y estableciendo un comisionado en Choson, quien prácticamente gobernó el país hasta 1894. (León Manríquez, 2009, págs. 92-93)

De otra parte, los rusos también intervinieron en Corea en febrero de 1896, cuando 120 infantes de marina secuestraron al rey de Choson y lo llevaron a gobernar a la delegación diplomática de su país, con la complicidad de funcionarios coreanos. En

1897, se proclamó el llamado Gran Imperio Han, que dio alguna estabilidad política al reino hasta 1904, cuando estalló la guerra entre rusos y japoneses, que a la postre terminó con la dominación nipona sobre Corea. (León Manríquez, 2009, págs. 94-97)

1.6. La etapa colonial japonesa

La dominación japonesa tuvo efectos negativos en la población. Los invasores se consideraban como una etnia superior a la coreana e impusieron su cultura, costumbres, sistema educativo y burocracia. Los coreanos fueron obligados a vestirse y peinarse de acuerdo a la usanza occidental tal y como antaño había hecho la dinastía Meiji con los *samuráis*. Los peninsulares tuvieron que abstenerse de hablar su propio idioma en público y se vieron forzados a aprender el japonés. Los nipones utilizaron a Corea de forma similar a como el Imperio británico había sometido a la India. A pesar de que el país tuvo un importante proceso de industrialización y de modernización, el costo represivo fue altísimo: más de doscientos mil coreanos fueron apresados en los primeros años de la ocupación. (Feffer, 2004, págs. 28-29)

El periodo comprendido entre 1910 y 1945, cuando terminó la dominación japonesa en Corea, ha sido y sigue objeto de debate, especialmente en lo relacionado con el actual régimen norcoreano, debido a que destaca la lucha contra el Imperio japonés por encima de cualquier otro aspecto histórico o historiográfico, dejando sin lugar a discusión la brutalidad del ocupante y sus humillantes políticas frente a los coreanos. Sin embargo, gracias a la apertura de los archivos gubernamentales en Corea del Sur y Japón, se sabe que el gobernador nipón Makoto Saito, dispuso de normatividades que permitieran alguna armonía entre las dos etnias; los funcionarios japoneses debieron aprender coreano para tratar con la población, se intentó garantizar la libertad religiosa, la nivelación salarial entre nipones y coreanos y la reapertura de algunos periódicos que habían sido cerrados durante las protestas de 1919. (León Manríquez, 2009, págs. 106-107)

El 7 de diciembre de 1941, Japón entró en la Segunda Guerra Mundial (SGM) cuando atacó la base estadounidense de Pearl Harbor en las islas Hawái. Este acto desencadenó la guerra en el Pacífico, frente que los japoneses sostuvieron sin la ayuda de sus aliados alemanes e italianos hasta el final de la guerra. Corea, sus ciudadanos y sus materias primas, alimentaron la máquina de guerra imperial. Es probable que los japoneses hayan reclutado alrededor de ciento sesenta mil trabajadores coreanos que

fueron llevados al archipiélago en contra de su voluntad y a millares de mujeres jóvenes, adolescentes y niñas utilizadas como esclavas sexuales a lo largo de docenas de bases militares por todo el Pacífico. (Feffer, 2004, pág. 30)

Durante la guerra, los japoneses no tuvieron como enemigos sólo a los estadounidenses y británicos, sino que lidiaron con la resistencia de los vietnamitas, chinos, tailandeses, camboyanos y coreanos, que aprovecharon la coyuntura del conflicto para llevar a cabo acciones armadas en todo el frente del Pacífico. En el caso de Corea, la resistencia en contra del invasor estaba fragmentada en diversas facciones con diferentes orígenes y motivos políticos. Sin embargo, las acciones armadas más fuertes estuvieron a cargo de los comunistas, quienes estaban mejor organizados, mejor armados y con una moral relativamente alta para librar una difícil y peligrosa guerra de guerrillas. De hecho, los comunistas coreanos llegaron a pactar alianzas con movimientos marxistas de China, como el Comité Provincial de Manchuria del Partido Comunista Chino, de donde surgió la figura de Kim Il Sung. (León Manríquez, 2009, pág. 112)

1.7. El fin de la dominación japonesa y el ascenso de Kim Il-Sung

En agosto de 1945, Japón había depuesto las armas frente a los Aliados y esa fecha es la que se conmemora la independencia en las actuales dos Coreas. Sin embargo, el 11 de agosto, la península había sido dividida en dos naciones tomando como línea divisoria el paralelo 38. La razón de esta división se basaba en el temor de que el dirigente soviético Iosef Stalin, estableciera un régimen comunista afecto a Moscú en toda esa región asiática. El mayor Dean Rusk (futuro Secretario de Estado de la administración de John F. Kennedy y de Lyndon B. Johnson) y el coronel Charles H. Bonesteel (futuro comandante de las tropas estadounidenses en Corea), tomaron de una revista *National Geographic* un mapa de la península y escogieron como frontera esa línea imaginaria, ya que por debajo de ella se encontraba la ciudad de Seúl. (León Manríquez, 2009, pág. 124)

La anécdota no es menor. Cuando Estados Unidos intuyó la intención de Stalin de apropiarse de toda la península de Corea, cuestión que había dejado entrever en la Conferencia de Postdam, le propuso al premier soviético la división de Corea en dos esferas de influencia, tal y como se había hecho meses atrás en Alemania. En la propuesta, los norteamericanos sugirieron que la Unión Soviética (URSS) ocupara el

norte de la península, región altamente industrializada por Japón en los años de la ocupación, mientras que ellos se harían cargo del Sur, región predominantemente agrícola y en donde se encontraba concentrada la mayor parte de la población coreana. Para sorpresa de los estadounidenses, quienes pensaban que Stalin se negaría en redondo a abandonar parte del territorio conquistado en la guerra, el líder soviético aceptó el plan, en parte porque le interesaba ocupar el norte de Corea, región que se encontraba cerca de Manchuria y porque Moscú esperaba conformar –tal y como sucedió después- un gobierno amigable a la URSS en donde el destruido Japón no tuviera ya ninguna clase de influencia. (León Manríquez, 2009, pág. 124)

En el caso de Corea del Norte, los soviéticos fueron mucho más prácticos y poco o nada hicieron por conformar gobiernos de ocupación y optaron por financiar, entrenar y adoctrinar a un grupo nacionalista del Partido Comunista, liderado por Kim Sŏng-ju, un carismático guerrillero que llevaba más de una década combatiendo a los japoneses en China, debido a que había sido expulsado de Corea por sus actividades subversivas. En los años 30, cambió su nombre por el de Kim Il-Sung, otro luchador en contra de Japón que había muerto en combate. Al finalizar la SGM se convirtió en el más probable líder del gobierno que los soviéticos esperaban implantar en la península, ya que desde antes de que esto ocurriera, Kim comenzó a deshacerse de sus probables rivales y emergió como el candidato principal entre los rebeldes que antaño habían combatido a los japoneses. Para Kim, existían tres clases de enemigos internos que debían ser combatidos: los comunistas que del Norte que nunca había salido de Corea y que tenían gran ascendente dentro de la población local, algunos de sus compañeros revolucionarios que volvían del exilio en China y los comunistas del Sur que pasaron al Norte tan pronto el país fue liberado por los soviéticos. Con gran habilidad, se deshizo de unos y otros y el 9 de septiembre de 1948 fue nombrado Primer Ministro de la República Democrática Popular de Corea. (Feffer, 2004, pág. 33)

En adelante, y hasta la guerra de 1950 que enfrentó a las Coreas divididas, Kim se dedicó a consolidar su poder. Siendo más pragmático que ortodoxo, apeló a viejas tradiciones religiosas y espirituales coreanas, dejando de lado la cuestión del materialismo marxista. Adoptó el título de padre del país, tomando como base enseñanzas confucianas de respeto por la figura paterna. Exhortó a los campesinos a trabajar duramente por la nación y comenzó a desarrollar un fuerte culto a su personalidad, cuestión que sería crucial en la consolidación de su poder durante más de tres décadas. (Feffer, 2004, pág. 33)

La guerra que oficialmente se desencadenó en 1950, aunque de hecho fue en 1949 (Feffer, 2004, pág. 36), fue consecuencia del juego de Stalin con respecto a la creciente intención de Kim de unificar la península mediante la fuerza, es decir, la guerra. Al parecer, y esta cuestión se desarrollará con más amplitud en el tercer capítulo, el nuevo líder coreano le comunicó al premier soviético su idea de invadir rápidamente el Sur mediante una ofensiva sorpresiva que no diera tiempo a Estados Unidos de respaldar a los surcoreanos, o mejor aún, que no permitiera ningún tipo de intervención. Stalin, receloso de que quizás Kim tuviera éxito en su aventura militar y edificara una nueva potencia comunista con fronteras comunes, permitió que el líder norcoreano llevara a cabo su plan, ya que pensaba que era mejor respaldarlo en ese momento y no que buscara el apoyo de la China comunista, plenamente consolidada en 1950. Tomando como pretexto unas declaraciones belicosas de Syngman Rhee, el presidente surcoreano, en el sentido de pretender unificar la península por la fuerza, las tropas de Corea del Norte traspasaron el paralelo 38 en un “plan de ataque preventivo”. De esta forma, se originó la llamada Guerra de Corea, que llevó a Kim Il-Sung a erigirse como el máximo líder de los norcoreanos y a cimentar su régimen dictatorial hasta casi finales del siglo XX. (León Manríquez, 2009, págs. 135-138)

CAPÍTULO 2

2. ELEMENTOS TEÓRICOS DE UNA POLÍTICA EXTERIOR

AISLACIONISTA

Como se pudo apreciar en el primer capítulo, la conquista del poder fue un elemento común en dos regímenes tan dispares como el Tercer Reich y el gobierno de Corea del Norte. En ambos casos, tanto Hitler, como Kim Il-Sung, consideraron de vital importancia la consecución y conservación del mismo en aras del mantenimiento del interés nacional.

Por lo tanto, son varias las herramientas teóricas que se pueden utilizar en el estudio de caso concerniente al presente trabajo. Como se planteó en el proyecto, en la Introducción y en las líneas anteriores, este capítulo tendrá como objetivo analizar algunas definiciones e ideas de conceptos que permitan entender la adopción de una política exterior aislacionista similar por parte de dos regímenes opuestos en el tiempo y en sus posturas políticas, como fueron el Tercer Reich (1933-1945), liderado por Adolf Hitler y el régimen comunista, personalista de Kim Il-Sung, quien gobernó la República Democrática Popular de Corea entre 1948 y 1994.

Los conceptos objeto de análisis para este caso serán *realismo político*, especialmente en lo relacionado con la visión clásica de Hans Morgenthau y algunos de los autores que lo refutan o que concuerdan con sus posturas; *totalitarismo*, según la definición de varios teóricos, entre ellos Hannah Arendt; *aislacionismo*, *política exterior* e *interés nacional*. La finalidad de este análisis es encontrar elementos de referencia que permitan dilucidar de qué manera los regímenes totalitarios adoptan políticas aislacionistas con el fin de lograr su supervivencia o hegemonía.

2.1. El realismo: génesis y autores reconocidos

El concepto de realismo político tomó fuerza con el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945, aunque sus orígenes se remontan a los clásicos de la Antigüedad, en escritos de autores tan variados como Tucídides (*Historia de la Guerra del Peloponeso*) y Trasímaco en Grecia junto con Tito Livio (*Historia Romana*) en Roma. Durante la Edad Moderna, son muy conocidos los conceptos de Nicolás Maquiavelo (*El Príncipe*), Baruch Spinoza (*Tratado Teológico Político*) y el británico Thomas Hobbes (*El Leviatán*). (Oro Tapia, 2009, pág. 18)

La expresión *Realpolitik*, que hace referencia a lo que más tarde llegaría a considerarse como realismo, comenzó a ser utilizada en Alemania a mediados del siglo XIX para mostrar un matiz mucho más analítico de los actores políticos, sobre su comportamiento histórico y concreto y para alejarse de la impresión de que la política y las maneras de ponerla en práctica estaban más ligadas a la normatividad que a los hechos concretos, históricos y fácticos, sensibles de ser percibidos a simple vista. (Carr, 2004, pág. 155)

Algunos de los autores más representativos de esta corriente, la de tomar el realismo como una modalidad de análisis político y que tuvo su mayor auge en Alemania, fueron Carl Schmitt (*El Concepto de lo Político*), Max Weber (*La política como profesión*) y Friedrich Meinecke (*La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*) (Oro Tapia, 2009, pág. 19). En Inglaterra, se destacó Edward Carr, quien llegó a perfilar, sin entrar a analizarlos en profundidad, tres principios del realismo. Afirma Carr: “La historia es una secuencia de causa y efecto, cuyo transcurso puede ser analizado y comprendido mediante un esfuerzo intelectual y no por la imaginación. Segundo, la teoría no crea la práctica, sino al contrario, es la práctica la que crea la teoría. Tercero, la política no es una función de la ética, sino la ética de la política; los hombres se mantienen honestos a la fuerza. No puede haber moralidad efectiva donde no hay autoridad efectiva. La moralidad es producto del poder” (Carr, 2004, pág. 110).

En los Estados Unidos, fue Hans Morgenthau, un inmigrante europeo de origen judío, quien comenzó a caracterizar una noción de realismo político. Para Morgenthau, es difícil afirmar que el realismo sea un “tipo ideal” de la realidad. Según Oro Tapia, dentro del análisis que hace de la definición de realismo, este es un modelo, una representación simplificada de la realidad. Tomando como base el ejemplo dado por el autor alemán, Oro Tapia afirma que existe una diferencia entre fotografía y retrato. La primera muestra las cosas tal como son, mientras que el segundo da una idea bastante aproximada de la realidad, pero nunca va a dar una cuenta exacta de ella (Oro Tapia, 2009, pág. 22). Por eso, el realismo político presenta una “construcción teórica de una política exterior racional que la experiencia nunca llega a asumir por completo” (Morgenthau, 1986, pág. 56).

Ante el horror de los actos cometidos durante la Segunda Guerra Mundial, teniendo de forma clara la realidad acerca del fracaso del Espíritu de Ginebra y de las consecuencias de la conferencia de Yalta, en donde Stalin configuró lo que sería el dominio de la Unión Soviética a los países satélites del comunismo, se hizo latente que

el sistema normativo-jurídico de la época estaba en entredicho y que Estados Unidos estaba ahora bajo la amenaza creciente de la expansión y una posible agresión del sistema comunista. (Barbé, 1995, pág. 60)

2.2. Algunos principios del Realismo

El paradigma realista es ampliamente conocido por los autores de las Relaciones Internacionales. En primer lugar, el Estado es el actor unitario y racional que aspira a maximizar el poder. De otra parte, como el realismo está sustentado en la seguridad nacional, en la supervivencia del Estado en un medio hostil, los términos utilizados hacen referencia constante a palabras como seguridad, armamento, conflicto, alianzas, entre otros (Barbé, 1995, pág. 61). Esta definición que realza el papel del Estado en medio de un medio hostil, fue particularmente visible durante los años treinta, cuando Hitler llevó a cabo una serie de acciones (desconocimiento del Tratado de Versalles, ocupación de la zona desmilitarizada del Ruhr, anexión de Austria, ocupación de los Sudetes en Checoslovaquia, entre otras) con el fin de garantizar el espacio vital (*Lebensraum*) que Alemania necesitaba para su supervivencia. De igual manera, Kim Il-Sung, el líder norcoreano, emprendió la invasión de Corea del Sur con el fin de impedir que su propia nación fuera atacada primero. Estos casos se analizarán de forma más amplia a lo largo del tercer capítulo, pero se citaron para dar idea de una curiosa comparación: el realismo es mostrado como bolas de billar, en donde los Estados son impenetrables (como las bolas) y están en permanente choque (conflicto) tal y como en una mesa de billar. (Barbé, 1995, págs. 61-63)

En *Política entre las naciones, la lucha por el poder y la paz*, se afirma que el realismo es una teoría que está en capacidad de presuponer que el carácter de una política exterior puede comprobarse a través del análisis de los hechos políticos que se llevan a cabo dentro de un régimen y de las consecuencias de estos actos. A partir de este razonamiento, puede ser factible analizar lo que los gobernantes han llevado a cabo, y con base en esta información en conjunto con las posibles consecuencias que deriven de estos actos, identificar de forma más clara qué tipo de política exterior es resultante de objetivos estatales de acuerdo a su interés nacional. (Morgenthau, 1986, pág. 56)

Ahora bien, según el realismo, toda acción del Estado se centra en el poder y el poder se define como el control del hombre sobre las mentes de otros hombres. Así las cosas, y como los Estados son dirigidos por los hombres (en su definición general, sin

hacer referencia al género), entonces los Estados se comportan de la misma forma como se comportan los hombres que los dirigen, lo que lleva a la conclusión que el poder dentro del sistema internacional es el control que un Estado tiene sobre las políticas y las acciones de otros Estados, la influencia que un país puede tener sobre otro. (Morgenthau, 1986, pág. 56)

Como se expone en el tercer capítulo, los dirigentes de Alemania (Hitler) y de Corea del Norte (Kim) representaron en su momento el liderazgo en sus respectivas naciones, se impusieron sobre los otros miembros de sus partidos, ya bien por la fuerza o por su capacidad política, y llevaron a cabo agresivas políticas de expansión con el fin de someter a otros Estados y gobiernos a sus designios. Con esta forma de actuar, confirmaron la premisa de Morgenthau en el sentido que los Estados se comportan de la misma forma en que se comportan los hombres que los dirigen, pero como se afirmó antes, las acciones de estos líderes serán el tema de estudio en el tercer capítulo.

Uno de los intereses principales del realismo consiste en conocer la dimensión del ser humano y las relaciones que establece con sus congéneres. Lo anterior presupone que el Hombre, a pesar del paso del tiempo, de su evolución histórica y cultural, posee algo que permanece inmutable y ese algo es la naturaleza humana. Saber en qué consiste es una premisa indispensable para la elaboración de una teoría política; por desgracia, como no es posible saberlo por completo, hay una parte de la naturaleza humana que escapa a la explicación racional. (Morgenthau, 1986, pág. 29)

Los hechos empíricamente verificables son las fuentes del realismo y estos hechos se encuentran en el pasado y en la actualidad. Por lo tanto, es indispensable recurrir tanto a la memoria histórica del ser humano, como a su presente, donde puede experimentar de primera mano los hechos que le suscitan interrogantes y perplejidades. Para dar respuesta a estas preguntas, el ser humano debe recurrir a la Historia para observar mejor a sus contemporáneos y poder dilucidar de alguna manera la respuesta a sus inquietudes. El resultado que obtenga será clave para la comprensión o el atisbo de un futuro cercano y este producto epistemológico debe estar por fuera de cualquier duda o vacilación, ya que debe establecer las conexiones lógicas entre los acontecimientos y sus consecuencias prácticas. (Oro Tapia, 2009, pág. 24-25)

Como casi todas las teorías políticas, el realismo concuerda con la existencia de imperativos éticos universales. Sin embargo, estos se aplican de manera flexible, atendiendo a la realidad sobre la cual un sujeto actúe. Para Morgenthau, la prudencia, primer imperativo ético, es “la suprema virtud de la política”, donde los actos deben ser

juzgados en función de sus consecuencias políticas (Morgenthau, 1986, pág. 21); en otras palabras, el juicio respecto al éxito o al fracaso de una política depende si esta alcanza o no sus objetivos. Para ilustrar mejor su ejemplo, Oro Tapia trae a colación las siguientes palabras de Abraham Lincoln “Si el final me da la razón, lo que se haya dicho contra mí no tendrá ninguna importancia. Si el final demuestra que estaba equivocado, ni diez ángeles jurando que estaba actuando correctamente me salvarán” (Oro Tapia, 2009, pág. 32).

El realismo no concuerda con discursos políticos en donde se apele a valores absolutos, intransables o incuestionables, más aún si reclaman validez universal; sin embargo, es consciente de que “todas las naciones se sienten tentadas de encubrir sus propios actos y aspiraciones con propósitos morales universales” (Morgenthau, 1986, pág. 22). Además, los países o sus gobiernos suelen presentar sus motivaciones como la más genuina exposición del bien, de lo correcto, mientras que muestran los intereses de sus enemigos como la encarnación propia de la maldad, de lo incorrecto y lo injusto. Términos como “imperio del mal”, “eje del mal”, son consecuencia de lo anterior. (Oro Tapia, 2009, pág. 33)

Como se afirmó anteriormente, una de las principales virtudes de la política es la prudencia. Esta supone el desarrollo de tres habilidades: capacidad para sopesar diferentes bienes, propensión a ponderar las circunstancias y rehuir a las soluciones que a simple vista parecen ideales. La primera permite determinar qué puede ser mejor –o peor, o menos malo- en determinadas circunstancias (por ejemplo, si es mejor tener más seguridad que libertad y viceversa); la segunda, lleva a la habilidad de saber cuál puede ser el mejor momento para actuar; la tercera, nos hace descubrir la verdad encubierta tras el ofrecimiento de alguna solución ideal a un determinado problema o crisis. (Oro Tapia, 2009, pág. 34)

Como último elemento de análisis del realismo, hay que decir que el quehacer político es uno de tantos quehaceres del ser humano, es decir, “el realismo político se basa en una concepción pluralista de la naturaleza humana” (Morgenthau, 1986, pág. 25). El hombre real es la combinación del hombre económico, del hombre político, del hombre moral, del hombre religioso, pero el realismo se muestra interesado en conocer solo su faceta política. De lo que se trata, en últimas, es evitar que la faceta política termine por ser subordinada por la faceta económica, moral o religiosa. (Oro Tapia, 2009, pág. 37)

Tal y como acaba de apreciarse, el realismo constituye una herramienta indispensable para el estudio de caso. Como se podrá observar a lo largo del tercer capítulo, los dos regímenes estudiados (el Tercer Reich y Corea del Norte), pese a ser diametralmente opuestos, pusieron en práctica –quizás sin saberlo– elementos del realismo tales como el alejamiento de la normatividad del sistema internacional, si esta no beneficia el interés nacional, la relativización de valores absolutos como la confianza y la flexibilidad a la hora de poner en práctica principios éticos, en aras de sus propias aspiraciones y conveniencias.

2.2. El interés nacional

El análisis del interés nacional pasa nuevamente por la cuestión de la teoría realista de Morgenthau, ya que el autor considera que este elemento es el principal indicador de su propuesta. Interés y poder son dos cosas inherentes, ya que el primero sin el segundo, resulta ser completamente inoperante. El interés en términos de poder, puede transgredir impunemente las convenciones o tratados y crear nuevas reglas de juego orientadas a beneficiar sus posturas, de ahí la importancia que ambas variables vayan en la misma dirección, porque el interés, en la medida que dispone de los recursos que da el poder, puede obrar de manera autónoma y provocar transgresiones en las organizaciones o Estados. (Oro Tapia, 2009, pág. 26)

La política, dentro del análisis de Morgenthau, es un microcosmos que se ejecuta por seres humanos y funciona dentro de la racionalidad de estos, sin que esa racionalidad tenga el mismo significado, ni la misma escala de valores para unos y otros. Por muy buenas intenciones que tenga un gobernante o por muy buena fe que ponga en su labor, estas no garantizan el éxito de su gestión; por el contrario, quienes actúan por motivos sublimes, generalmente desconocen la mecánica de la política y suelen olvidar que “la suerte suele sonreírle a los osados” (Maquiavelo, 1996, pág. 158).

Por citar algunos casos, Neville Chamberlain, Primer Ministro de Inglaterra durante la Conferencia de Múnich de 1938, se sometió a la política de apaciguamiento diseñada para controlar a Hitler, con la esperanza y la buena fe puesta en el propósito de que el líder alemán no prosiguiera con sus pretensiones territoriales contrarias al Tratado de Versalles. El resultado fue la apropiación de Checoslovaquia por parte de los alemanes, la invasión subsecuente de Polonia y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos durante la Primera Guerra

Mundial, pretendió fomentar la paz “sin vencedores ni vencidos” y lo único que consiguió fue ser excluido de las negociaciones entre los Aliados, cuyo resultado final consistió en llevar a Alemania por el camino del nazismo menos de quince años después. En conclusión, no todos los hombres que se involucran en la política tienen en su mente la lógica de la *Realpolitik* y del interés en función del poder. (Oro Tapia, 2009, pág. 28)

Cuando los dirigentes se atienen a la normatividad para promulgar la política exterior de sus naciones, suelen cometer errores que terminan perjudicando al Estado. Estos errores están relacionados con el enfoque normativo y sus variantes ideológica, legalista y moralista. El enfoque ideológico tiene como principal inconveniente realizar lecturas *demoniacas* del adversario y como resultado de esta tendencia surgen denominaciones como “encarnación del mal” y cosas similares, que imposibilitan tener una idea real de las personas o los Estados. El enfoque legalista da una visión muy estricta de la realidad, demasiado apegada a la ley, con lo que se pierde la capacidad de acción y de reflexión más allá de lo estrictamente legal. Desde una óptica moralista, se suele caer en un optimismo antropológico y pacifista, que impiden tener una visión concreta de los peligros y amenazas reales, las cuales pueden ser tomadas como gestos inofensivos o señales de paz. (Oro Tapia, 2009, pág. 30)

En términos concretos, y con base en lo anteriormente expuesto, se puede inferir que el interés nacional puede definirse en el marco de dos acepciones; la primera, tiene que ver con las aspiraciones de los dirigentes, con su ideología, su manera de ver el mundo y más allá de que los Estados tengan o no la capacidad real de ver materializadas esas aspiraciones. La segunda, tiene que ver en el sentido contrario, es decir, el interés nacional puede verse definido mediante la capacidad material que tengan los Estado de llevar a cabo las aspiraciones –los intereses- de sus gobernantes o sus ciudadanos.

2.3. Totalitarismo

En mayo de 1945, el ejército alemán se rindió en Berlín ante las fuerzas de la URSS. Desde enero de ese año, se habían descubierto los horrores del campo de concentración de Auschwitz y las consecuencias del régimen implantado por Hitler en Alemania y los países ocupados por el Tercer Reich. En ese contexto, Hannah Arendt (1906-1975), filósofa alemana de origen judío, escribió una de sus obras más representativas: *Los*

orígenes del totalitarismo, donde plantea cuáles son los elementos que caracterizan a un régimen totalitario, cuestión de crucial importancia en la realización de este trabajo.

En su libro, Arendt quien afirma que el totalitarismo fue una consecuencia del antisemitismo y del imperialismo llevado a cabo por varias potencias europeas a lo largo del tiempo, especialmente durante los siglos XIX y el primer tercio del XX (Arendt, 1998, pág. 5). Entre muchos otros, Arendt considera que los regímenes totalitarios poseen elementos que no tiene ningún otro sistema político, como lo son la importancia y la seriedad radical de la propaganda, la creación de organizaciones frontales, la obediencia a la *voluntad* del líder, entre otros. (Arendt, 1998, pág. 298)

De lo anterior no cabe duda. En *Mi Lucha*, Hitler dedicó un capítulo completo de su obra a la cuestión propagandística, afirmando que esta era fundamental en la transmisión de la ideología y de los principios del partido. La propaganda debía hacerse con todas las herramientas disponibles, apelando a lo más instintivo de las masas, ya que, según Hitler, estas no daban más de sí en un plano intelectual. En las mismas líneas, el futuro *Führer* de Alemania se quejaba amargamente del uso del aparato propagandístico hecho por los Imperios Centrales, quienes fueron superados ampliamente por sus colegas ingleses, quienes manejaron magistralmente las reacciones del público británico al que pusieron incondicionalmente de su lado. (Hitler, 1982, pág. 75-79)

Las organizaciones frontales, en algunos casos, grupos paramilitares uniformados, son parte fundamental de un régimen totalitario por el grado de militancia que alcanzan sus miembros. En el caso del partido nazi, por ejemplo, las primeras organizaciones frontales que existieron fueron la SA (*Sturmabteilung*), a las que se conoce popularmente con el nombre de Tropas de Asalto o Camisas Pardas, en una clara analogía con las Camisas Negras creadas por el partido fascista italiano. Luego de las SA, los nazis crearon las SS (*SchutzStaffel*), una división de élite de las propias SA. Cuando las SS estuvieron bajo el comando de Heinrich Himmler, este las volvió a dividir en un sinnúmero de organizaciones (Waffen SS, quienes participaron activamente en la guerra combatiendo en los distintos frentes, SD, RSHA, entre muchas otras), cuya función era impedir la disensión, primero dentro del partido, y luego en la sociedad alemana. En resumen, estas organizaciones que nacieron como instrumentos de la lucha ideológica del movimiento, terminaron siendo órganos represivos y policiales del Estado. (Arendt, 1998, pág. 300)

Uno de los principios fundamentales del totalitarismo reside en la figura del líder. Los regímenes personalistas tuvieron figuras centrales que gobernaron con amplios poderes en sus respectivas naciones: Iosef Stalin en la URSS, Benito Mussolini en Italia, Francisco Franco en España, Adolf Hitler en Alemania y Kim Il-Sung en Corea del Norte, solo por nombrar algunos casos. En el caso de los anteriormente mencionados, el papel del líder era reivindicar la responsabilidad personal por cada hecho o acción llevado a cabo por cualquier miembro o funcionario del partido o del Estado. Como, en teoría, cada funcionario es nombrado por el líder, o por influencia de este, la responsabilidad de un acto no es colectiva, sino del jefe, de la cabeza visible, quien debe estar identificado con sus subordinados y sus actos. En esta identificación reside la diferencia entre un líder totalitario y un dictador ordinario, ya que un tirano jamás va a identificarse con sus subalternos y mucho menos asumir responsabilidades por ellos. (Arendt, 1998, págs. 304-305)

En ese mismo sentido, la figura del líder (*Duce, Caudillo, Führer*) está rodeada de una camarilla selecta, un grupo de acólitos que bien puede ser una organización formal (como el caso del *Politburó* soviético) o un carrusel de nombres que bien pueden o no ejercer un cargo burocrático, como Hermann Göring, Rudolph Hess o Martin Bormann, quienes siempre rodeaban a Hitler, o como los camaradas guerrilleros de la lucha anti japonesa que acompañaron a Kim Il Sung para hacerse con el poder. La lealtad de este grupo es a toda prueba y se logra cuando el líder logra que todos se identifiquen con sus principios –los del jefe- y que estos sean inquebrantables. En todo caso, es la infalibilidad de las acciones del caudillo, y no sus palabras, lo que conduce a la lealtad total. Quizás esto explique en parte por qué Hitler fue acompañado hasta sus últimas horas en el búnker por muchos de sus acólitos. (Arendt, 1998, págs. 313-314)

Razonando en la misma línea, el Estado totalitario se orienta a la eliminación de la espontaneidad humana, a la abolición de la libertad, a la dominación total. Esto se logra mediante el uso intenso de la propaganda y del adoctrinamiento ideológico de las formaciones de élite, cuyos cuadros deben interpretar correctamente el mensaje y servir como medio de comunicación para contribuir a la formación de las masas en las doctrinas del partido. Esta terrible cadena de mensajes se cristalizó en la creación y puesta en marcha de campos de concentración, con todas las consecuencias que estos generaron, no solo en las víctimas, sino en todos aquellos que participaron en la maquinaria de aniquilación en Alemania y en los países ocupados. (Arendt, 1998, págs. 351-359)

El totalitarismo es un sistema de partido único, pero Arendt aclara que no se trata de la dictadura de un partido, o de un régimen unipartidista, sino de un movimiento de masas identificadas con los principios de un partido, aunque no necesariamente los simpatizantes sean militantes. Es un sistema que desafía las leyes, bien sea por que suprimen las normas jurídicas existentes (como el caso de la URSS o Corea) o porque las ignoran de forma intencional (como hicieron los nazis con la constitución de la República de Weimar). De esta forma surgieron términos como “la ley de la Historia” (en la URSS) o “ley de la Naturaleza” (en el Tercer Reich), porque el totalitarismo considera que las leyes se convierten en leyes de movimiento, con una dinámica propia. En el caso de los nazis, las leyes raciales se consideraban leyes de la Naturaleza, dadas por la evolución biológica de las especies y no por capricho de los seres humanos. (Arendt, 1998, págs. 369-371)

Como se dijo con anterioridad, el análisis de estas premisas se desarrollarán en el tercer capítulo, con ejemplos aplicados al Tercer Reich o al régimen norcoreano de Kim Il-Sung, pero vale la pena traer a colación los cuestionamientos que hace John Lukacs acerca del totalitarismo y su relación con los nazis.

En primer lugar, Lukacs considera que uno de los fines del totalitarismo —la dominación *total*— del Estado es imposible. Según su tesis, Hitler gobernó Alemania con el consentimiento activo de la mayoría del pueblo en contra de una potencial y pequeña minoría que se le opuso. Como ejemplo, cita que habían —con la sola excepción de los judíos— muchas más libertades en la Alemania nazi que en la Rusia soviética y trae a colación estas palabras del líder nacionalsocialista: “En Alemania las bayonetas no aterrorizan al pueblo. Aquí el Gobierno está apoyado por la confianza de todo el pueblo. Nadie me ha impuesto sobre este pueblo, me he mantenido en el pueblo y al pueblo retorno. Mi orgullo es saber que ningún otro hombre de Estado en el mundo puede decir con mayor derecho que es representante del pueblo” (Lukacs, 1997, págs. 103-105).

En el primer tercio del siglo XIX, Alexis de Tocqueville previó un nuevo tipo de tiranía, aquella que se basa en las mayorías. Según lo anterior, Hitler lo que hizo no fue imponer una mayoría de simpatizantes, sino *a través* de esas mayorías. En *Mi Lucha*, Hitler advirtió que el Estado es un medio para un fin (“*Der Staat ist ein Mittel zum Zweck*”) y dados los hechos que se dieron hasta 1945, cumplió con esta máxima incluso en los últimos días en el búnker. Por último, Lukacs afirma que el Tercer Reich y el

nazismo no fueron una forma de fascismo, sino que los nazis fueron singulares y diferentes a cualquier forma de autoritarismo, como el gobierno de Mussolini o el de Salazar en Portugal. (Lukacs, 1997, pág. 106)

Con base en los elementos anteriormente analizados, el totalitarismo puede definirse como un sistema político en donde predomina la figura del líder indiscutible, el uso indiscriminado de la propaganda, el sistema de partido único y la aspiración del Estado en ocupar de forma total los espacios que los ciudadanos aspiran a tener para sí mismos, siempre bajo la atenta vigilancia de una policía política atenta a la represión de los disidentes. En ese orden de ideas, se trata, sin duda, del caso de la Alemania nazi y la República Democrática Popular de Corea.

2.4. Política exterior y aislacionismo

Parte de la literatura existente sobre política exterior aislacionista demuestra que hay una clara relación entre el ámbito doméstico y la proyección de un Estado al exterior, ligado a las tendencias ideológicas de las élites políticas. De igual manera, la política exterior y la doméstica son funcionalmente interdependientes, proviniendo de valores comunes, compartidos y fundamentados desde ideologías y no actúan de manera independiente sino de forma coordinada y consecuente. (Sanhueza, 2003, pág. 408) De otra parte, y en el caso concreto del aislacionismo, se hace latente el cuestionamiento acerca de la necesidad del Estado de relacionarse con otros. La preocupación defensiva de los Estados los lleva a restringir cualquier espíritu de cooperación, especialmente si perciben que pueden otorgar ventajas a otros regímenes, o si visualizan que existe peligro alguno para la supervivencia de la nación. (Sanhueza, 2003, pág. 411)

En consecuencia, mientras que unos teóricos se preocupan por entender el aislacionismo como una consecuencia de diversos factores, entre ellos la influencia que ejerce el Sistema Internacional (realismo) otros procuran entenderlo más como la causa de varios efectos que una consecuencia, por ejemplo, aislarse para desarrollar políticas de agresión o defensa de la seguridad (Sanhueza, 2003, págs. 413-414). El aislacionismo puede deberse en esos casos más a cambios *dentro* del régimen, a variaciones en sus sistemas de control y toma de decisiones, que por causa de una amenaza externa o por agresiones del sistema internacional. (Sanhueza, 2003, págs. 413-414)

El aislacionismo hace referencia a la no intervención política o militar de un Estado en los asuntos de otro Estado soberano y el país pionero de esta práctica, fue Estados Unidos en los años de su recién adquirida independencia, especialmente luego de la segunda guerra de Independencia en 1812. (Bastos, 2005, págs. 99-100) El aislacionismo no solo era tipo de acción política, sino que se expandía al terreno económico, ya que propugnaba por una abstención total en el desarrollo de la economía, llegando a afirmar, incluso, que el Imperialismo no llegaba a beneficiar en sí a la potencia imperialista. (Bastos, 2005, pág. 102) Lo que busca el aislacionismo es impedir que los países se involucren en guerras costosas, poco productivas e impredecibles, razón por la cual es mejor mantenerse al margen de los conflictos, cualquiera que sea su naturaleza, hasta tanto no se esté verdaderamente preparado para intervenir y ganar. (Bastos, 2005, pág. 104)

En consecuencia, la política exterior aislacionista demuestra que hay una clara relación entre el ámbito doméstico y la proyección de un Estado al exterior ligado a las tendencias ideológicas de las elites políticas que lo dirigen (Graebner, 1974, págs. 179-192). De igual manera, ya se mencionó que la política exterior y la doméstica son funcionalmente interdependientes, proviniendo de valores comunes, compartidos y fundamentados desde ideologías, sin importar el espectro político de las mismas. (Arendt, 1998, págs. 3-43)

Al tratar el tema de política exterior se hace necesario abordar los orígenes de ésta para comprender su configuración. En ese sentido, las relaciones entre la política exterior y la política doméstica se encuentran estrechamente relacionadas (Lumsdaine, 1996, págs. 299-306), especialmente en el caso de las élites políticas de Estados Unidos, quienes aplicaban su propio cuadro de creencias ideológicas tanto a la política doméstica como a la política exterior. (Murray, 1996, págs. 153-180)

En la misma línea, los temas que son prioridad dentro de la política exterior corresponden a prioridades de la clase política dirigente o de las élites que toman las decisiones. Uno de los casos más dicientes es que aquellos políticos de ideología liberal tiendan más a la cooperación y tomen distancia de cuestiones que estén ligadas a la intervención militar. En el espectro contrario, las élites conservadoras suelen –sin que sea una camisa de fuerza- adoptar políticas aislacionistas y participar activamente en acciones o intervenciones militares. (Holsti, 1988, págs. 248-294)

Un caso particularmente estudiado es el de la política exterior estadounidense, especialmente en lo relacionado con sus posturas internacionales o aislacionistas.

Estados Unidos asumió una política aislacionista durante el siglo siguiente a su proceso de independencia, pero paulatinamente fue cambiando su postura hacia una actitud intervencionista, no sólo en su campo geográfico cercano, sino en Europa en ambas guerras mundiales y en otros continentes a lo largo de los siglos XX y XXI. (Legro, 2000, págs. 253-290)

En otro sentido, el aislacionismo ha sido visto como una postura contraria a la tendencia cooperativa y militar de las naciones en el sistema internacional, como una falta de preocupación por los demás países más allá de las fronteras del Estado debido a la carencia de sentido comunitario derivando en no entablar relaciones con otros. En ese sentido se entiende el aislacionismo como resultado directo de decisiones, y no como causante de estas. (Wittkopf, 1990, págs. 116-123)

Ahora bien, el aislacionismo puede tener su origen en una tendencia ideológica genuina, es decir, como causa y no como consecuencia. En algunos casos, esta postura puede encontrar sus raíces en el etnocentrismo (como el caso de la Alemania nazi) o en la creencia del bienestar que se puede encontrar en evitar todo tipo de relaciones internacionales. Asimismo, el etnocentrismo forja una perspectiva centrada en sí mismo, en la raza, en la tradición, en lo parroquial, lo que generará un comportamiento aislacionista, contrario por completo a la apertura con la comunidad internacional. (Hurwitz y Peffley, 1987, págs. 1101-1120)

Los elementos de la política doméstica que inciden en la configuración del aislacionismo, así como la tendencia de este a evitar la cooperación entre las naciones en aras de la consecución de sus objetivos, son los elementos a tener en cuenta en el análisis de los regímenes de Alemania durante la era de Adolf Hitler y de Corea del Norte, bajo la égida de Kim Il-Sung.

Son estos los conceptos analizados con el fin de establecer qué acciones llevaron a cabo el régimen nazi de Adolf Hitler en Alemania y el de Kim Il-Sung en Corea del Norte, para adoptar políticas aislacionistas que les permitieron ignorar y menospreciar el sistema internacional. El desarrollo de estas acciones es el tema del capítulo a continuación.

CAPÍTULO 3

3. DOS TIEMPOS EN UN TIEMPO: LA CONFIGURACIÓN DE UNA POLÍTICA EXTERIOR AISLACIONISTA EN LOS REGÍMENES TOTALITARIOS DE ADOLF HITLER Y KIM IL-SUNG

A primera vista, parecería complicado establecer elementos comunes de una política exterior aislacionista en dos regímenes diametralmente opuestos, con principios e ideologías contrarias y dispares en el tiempo, ya que mientras el Tercer Reich se hundía en Berlín en abril de 1945, comenzaba a cristalizarse el ascenso de Kim Il-Sung en Corea. Sin embargo, al ser dos gobiernos de carácter totalitario, las coincidencias comienzan a aflorar en muchos aspectos, especialmente en lo relacionado con acciones y hechos que condujeron a que ambos regímenes adoptaran una política exterior aislacionista similar en muchos aspectos. En ese orden de ideas, el capítulo desarrollará una dinámica de comparación de los dos sistemas en aquellos puntos de concordancia relacionados con sus características como regímenes totalitarios, el uso que dieron a diferentes aspectos teóricos analizados en el segundo capítulo y de qué forma adoptaron una postura aislacionista frente a un sistema internacional que consideraban perjudicial para sus intereses.

3.1. La consolidación de un partido único en Alemania

El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler fue nombrado canciller de Alemania tras varios meses de intrigas y consideraciones del círculo de políticos y diplomáticos profesionales que rodeaban al presidente Paul von Hindenburg. En un comienzo, los nazis tuvieron poca representación en el nuevo gobierno y el gabinete ministerial, ya que sólo dos miembros de ese partido ejercieron como ministros: Wilhelm Frick (Interior) y Hermann Göring (sin cartera). (Hildebrand, 1988, pág. 13)

El 27 de febrero de 1933, se presentó un incendio en el *Reichstag* (Parlamento) y los nazis culparon de este incidente a los miembros del Partido Comunista Alemán (KPD, por sus siglas en alemán)¹, aunque durante el juicio de Núremberg, Göring fue invitado a declarar acerca de si él mismo había provocado el incendio del edificio, como llegó a afirmar a mediados de 1943 el general Franz Halder. Göring negó todo, pero

¹ Para un relato más detallado de este importante suceso, ver una muy reciente investigación al respecto en *Burning the Reichstag. An investigation into the Third Reich's enduring mystery*, de Benjamin Carter Hett (2014)

hasta hoy persiste la duda sobre la autoría material e intelectual del famoso episodio (Shirer, 1959, pág. 193). En cualquier caso, los nazis aprovecharon esa oportunidad para que Hitler insistiera en que se trataba de una conspiración del comunismo internacional para hacerse con el poder en Alemania. Se promulgó entonces una ley habilitante que le permitió a Hitler levantar el fuero parlamentario de los diputados del KPD y del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD, por sus siglas en alemán) y acabó con las libertades civiles implantadas por la Constitución de Weimar, como la libertad de reunión, de expresión, de prensa, el secreto epistolar y la inviolabilidad del domicilio. El arresto sin orden judicial para retener en la cárcel a los opositores políticos fue aplicado con dureza, especialmente dentro de las filas del partido comunista. (Minerbi, 2002, pág. 34)

Debido a la promulgación del estado de excepción, el Parlamento fue disuelto y se convocaron elecciones para el 5 de marzo de 1933. Hitler, reacio a compartir su poder o el del partido con otra corriente, insistió en aislar el Parlamento aplicando la ley de plenos poderes llamada “decreto para la salvaguardia del pueblo y del Estado”. En resumen, el Canciller preveía que le otorgaran el poder de legislar sin intervención del *Reichstag* y del Consejo de Estado (Hildebrand, 1986, pág. 17). Ante la disyuntiva de oponerse a Hitler y desaparecer, o de colaborar con el régimen y creer que aún se podría maniobrar para contenerlo, la mayoría de los partidos, incluido el DNVP, aprobaron la ley que los hizo desaparecer y convirtió a los nazis en la única fuerza política legal de Alemania. (Minerbi, 2002, pág. 35)

En su objetivo de crear un Estado dentro del Estado, los nazis establecieron toda una red de grupos y organizaciones que reemplazaron al Estado en muchos ámbitos de la vida cotidiana del ciudadano común y cada vez fue más visible el papel policiaco de las SA y de las SS; para alejar a la juventud de los programas de bienestar de la República de Weimar, los nazis ampliaron a grandes niveles la *Hitlerjugend* (HJ, Juventudes Hitlerianas), la *NS-Frauenschaft* (organización femenina del partido, la *NS-Deutscher Studentenbund* (asociación estudiantil) y estimularon agremiaciones como la *NSS-Deutscher Ärztebund* (asociación de médicos), la *NS-Lehrerbund* (asociación de maestros), la *Reichbund der Deutschen Beamten* (organización de funcionarios), la *NS-Bund Deutscher Technik* (asociación de ingenieros), la *Bund Deutscher Mädel* (BMD, Liga de Muchachas Alemanas, por sus siglas en alemán), entre muchas otras. De esta forma, la sociedad alemana se fue organizando poco a poco de acuerdo a los lineamientos del partido y generando una sensación de orden y bienestar que no sentía desde hacía mucho tiempo. Todo esto hizo pensar a los alemanes en los grandes

beneficios que la dictadura les estaba trayendo y la respaldaron ampliamente. (Hildebrand, 1986, págs. 18-19)

3.2. La consolidación del partido comunista en Corea del Norte

Los inicios de los movimientos comunistas en Corea fueron difíciles y se caracterizaron por la permanente división de sus facciones, debido a que existían varios grupos que combatían al imperio nipón en 1945, año en que terminó la Segunda Guerra Mundial y el territorio coreano fue liberado de la ocupación japonesa. En ese momento, se creó un Buró Político del Partido Comunista de Corea, uno de cuyos miembros era Kim Il-Sung y estaba controlado por las fuerzas soviéticas de ocupación. En 1946, debido a diferencias ideológicas y de control de los cuadros, se produjo una división del Buró dando origen al Partido Comunista de Corea del Norte y de Corea del Sur, además del surgimiento de un movimiento de corte socialista organizado por comunistas coreanos que se encontraban en China y estaban fuertemente influenciados por la doctrina de Mao Tse-tung. Este grupo se autodenominó el *Sinmindang* (Partido de la Gente Nueva); estos, junto con el Partido Comunista de Corea del Norte, decidieron fusionarse y crearon el PTC, cuya militancia tenía unos 170 mil miembros. Su líder era Kim Tu-bong, pero el poder detrás de este hombre realmente era Kim Il-Sung. (León Manríquez, 2009, pág. 194)

Sin embargo, dentro del PTC existían por lo menos cuatro líneas de pensamiento socialista, que rivalizaban entre sí, aunque más por la dirección del partido que por motivos ideológicos: la soviética, conformada por los coreanos que habían nacido o crecido en el exilio de la URSS; la llamada *doméstica*, cuyos miembros nunca abandonaron el país a pesar de la ocupación japonesa; la china, formada por los combatientes provenientes de China y la *guerrillera*, liderada por Kim Il-Sung y los hombres que habían combatido a los japoneses en Manchuria desde los años 30. Con gran habilidad, manejando la persuasión o eliminando a los enemigos potencialmente peligrosos para su liderazgo, Kim se convirtió en la cabeza del movimiento, basando su apoyo en los campesinos, pero especialmente en el ejército, cuyos miembros heredaron el armamento que dejaron las tropas soviéticas en 1948 y que fue bautizado con el nombre de Ejército Popular de Corea (EPC). Las tropas y su lealtad, se convirtieron en la columna vertebral del predominio de Kim al interior del PTC. (León Manríquez, 2009, pág. 195)

Como los nazis, el PTC prometía igualdad, no por la cuestión materialista (como suprimir las clases sociales), sino por la lealtad a toda prueba que se debía mostrar hacia el líder Kim Il-Sung. Durante años, practicaron una política de “puertas abiertas”, permitiendo que cualquier persona, sin importar sus antecedentes políticos, sociales o económicos, pudiera pertenecer al partido, siempre y cuando no se apartara de las directrices del movimiento. El ser miembro del PTC comenzó a ser sinónimo de privilegios y de movilidad social. La educación comenzó a ser impartida de forma gratuita a las bases y a los cuadros, teniendo como punta de lanza la instrucción ideológica y el culto a la personalidad del líder, cuestión que será desarrollada de forma más amplia en el siguiente apartado del capítulo. Por último, el PTC, encabezado y dirigido por Kim, utilizó la reunificación de las dos coreas como un vital objetivo nacionalista y llegó a provocar la guerra de 1950 para lograrlo. (León Manríquez, 2009, págs. 195-196)

El tema de la guerra de Corea y sus consecuencias para la adopción de una política exterior aislacionista serán tratados de forma más detallada en otro aparte de este capítulo. Basta decir que el conflicto de tres años (1950-1953) devastó a las dos naciones y sirvió a los intereses del PTC, ya que luego de las acciones militares, las facciones rivales dentro del movimiento fueron eliminadas y Kim se erigió como único líder y mandatario de la nación. Al interior del país, no se admitió ningún error o fracaso en la conducción de la guerra, cualquier disidencia fue brutalmente reprimida, los grupos religiosos minoritarios, como los cristianos, fueron expulsados u obligados a permanecer fieles al régimen, se inició un extenso programa propagandístico en donde se afirmaba que los norcoreanos habían triunfado en el frente y que el ejército surcoreano había sido completamente eliminado. De esta forma, y con el éxodo de la intelectualidad, de la mano de obra calificada y con la expropiación de tierras e industrias surcoreanas y japonesas, el PTC se convirtió en el único movimiento político legal en Corea del Norte, lo que convirtió al gobierno de Kim en un régimen totalitario. (León Manríquez, 2009, págs. 195-196)

3.3. El culto a la personalidad del *Führer*

Desde mucho antes de su ascenso al poder, Hitler había presentado su propuesta de la conducción política de un movimiento o partido por parte de un líder, un conductor, un caudillo, o mejor, como se conoce en alemán, un *Führer*. Este líder debía tener unas

convicciones ineludibles, una voluntad de hierro y, al menos, 30 años de edad. En su visión de las cosas, el líder es completamente distinto del político. Un caudillo surge con poca frecuencia, por lo tanto, va a ser difícil que en un Parlamento de 500 o más miembros lleguen a aparecer un centenar de estadistas, hombres capaces de llevar sobre sus hombros la responsabilidad de la conducción de la nación. (Hitler, 1982, págs. 43-45)

Para Hitler, la sociedad tenía forma de pirámide, lo cual no resultaba nada novedoso, pero lo que recalcaba era que en la cúspide de la misma se erigía “el genio, el gran hombre”. Sin duda, se refería a él mismo, pero nunca lo hacía de forma explícita, sino a través de ejemplos históricos y en sus discursos nunca faltaban las referencias a Federico El Grande, a Bismarck y a Lutero. Para él, el *Führer* era símbolo de unidad, un dogma de fe y un mecanismo integrador del partido. Cuando salió de la cárcel en 1925, los nazis se hallaban al borde de una grave crisis de liderazgo, ya que las facciones “socialistas” y “nacionalistas” estaban ante el muro de las posiciones diametralmente encontradas frente a temas tan álgidos como el manejo de la economía y la búsqueda de nuevos electores. (Kershaw, 1999, pág. 294)

Como se pudo observar en el segundo capítulo, los distintos líderes del partido eran nombrados por su superior jerárquico hasta llegar a Hitler, del cual emanaba toda la autoridad. De ahí la cuestión del *Führerprinzip*, o “principio del líder”, que puede interpretarse como una sumisión total y completa hacia los designios de Hitler. Por supuesto, no bastó el convencimiento a través de la palabra del caudillo o de las alocuciones radiales. Se orquestó toda una red de propaganda escrita, visual y oral para transmitir el *Führerprinzip* a todos los alemanes. El saludo nazi, por ejemplo, hacía alusión directamente a Hitler (¡*Heil Hitler!*!) y fue obligatorio dentro del partido desde 1926 (Kershaw, 1999, pág. 299).

3.4. “El eterno líder”

Un primer elemento del culto a la personalidad de Kim lo constituyó el movimiento *Tonghak* (aprendizaje oriental), una tendencia político-religiosa muy popular de mediados del siglo XIX que abogaba por “tratar al pueblo como si fuese el cielo” (Feffer, 2004, pág. 42). Con seguridad, Kim apeló a esta vieja tradición, muy conocida en la zona de Pyongyang y la adaptó con el fin de que algunos principios marxistas fueran más atractivos para la masa de campesinos que sabían muy poco del comunismo.

Esta tendencia se vio claramente confirmada en 1972, cuando se eliminó cualquier referencia al marxismo-leninismo de la Constitución. (Feffer, 2004, pág. 42)

El segundo elemento espiritual al que apeló Kim fue el confucianismo, especialmente en lo relacionado con la devoción filial y sus jerarquías sociales. Él mismo comenzó a ser presentado como la cabeza de una familia feliz. Como padre fundador, Kim Il Sung contaba con el respeto de sus hijos (el pueblo) y de su esposa (el PTC). Cuando surgió, años después, la cuestión de la sucesión en el poder, entonces hablaba de la Trinidad, representada por él, su hijo y el partido. De esta forma surgió un modelo de sociedad cohesionada, en donde la desunión o la disensión son cosas impensadas. De hecho, existe un refrán popular que dice “todos los corazones laten como uno solo”. Desafiar a Kim es desafiar al Padre (lo que iría en contra de los principios confucianos); atacar a la sociedad es como poner en peligro a su propio cuerpo y blasfemar sobre la Trinidad antes mencionada se constituye en una herejía. (Feffer, 2004, págs. 44-45)

En este proceso de integración de todos alrededor del caudillo, los intelectuales norcoreanos jugaron un papel decisivo, tanto así que a la hoz y el martillo, al símbolo comunista del país le fue agregado un pincel, resaltando así el papel de los escritores. Esta contribución cultural estaba lejos del papel que el estalinismo le daba a lo artístico, ya que la aspiración de Kim era elevar estas manifestaciones al nivel de la economía. (Feffer, 2004, pág. 45)

El culto a la personalidad de Kim superó con creces al de Stalin, Mao y Hitler. Sus obras se reúnen en más de 35 voluminosos libros, giran en torno a diversos temas y están escritos de manera didáctica, paternal, con el fin de que sean comprensibles para las masas. Los tomos, discursos y cartillas, se encuentran en todas las librerías y bibliotecas del país y su consulta es permanente. Las imágenes de Kim en diversas poses y acciones son el espectáculo visual más frecuente del ciudadano o del turista. (Castillo, 2002, págs. 89-90)

La desaparición de Kim fue casi un hecho sobrenatural, ya que se le consideraba casi un dios, un ser inmortal. La televisión oficial del país mostró las imágenes de miles de personas llorando desconsoladamente en las calles. Los periodistas de los noticieros debían cortar con frecuencia las transmisiones, debido a que las presentadoras rompían constantemente en llanto y se doblaban sobre sí mismas presas del dolor más intenso por la muerte del “querido líder”. Decenas de miles de flores fueron depositadas en a los pies de las estatuas del dirigente y más de un millón de personas desfilaron frente al

cadáver expuesto para que “su pueblo” le diera el último adiós. Las cámaras filmaron a miles de personas que cantaban a una sola voz “Contigo encontramos la felicidad y vivimos en el paraíso”. Se informó oficialmente – y no es una broma o una exageración– que los ríos y las montañas lloraban de pesar y que los norcoreanos entraron en una etapa de insomnio generalizado pensando en la pérdida de su líder o despertando a la hora exacta de su muerte. (Castillo, 2002, págs. 91-92)

3.5. La consolidación de la política exterior aislacionista del Tercer Reich

Durante la llamada República de Weimar (1919-1933), Alemania fue volviendo poco a poco al redil del cual había sido excluida. En 1922, la nación firmó el tratado de Rapallo con la Unión Soviética, lo que le permitió un respiro en las crecientes demandas de alimentos de la población y de la exigencia en los pagos y entregas de reparaciones que hacían las potencias vencedoras. Gustav Stresemann, Ministro de Asuntos Exteriores entre 1923 y 1929, fue el artífice de la recuperación diplomática y comercial de Alemania. En 1925, concretó la firma del Pacto de Locarno, donde se reconocieron los límites fronterizos con Francia después de 1918 y se rechazaba el uso de la fuerza para la solución de eventuales conflictos armados. Un año después, el país fue admitido en la Sociedad de Naciones, lo que lo elevó a un nuevo papel en la escena internacional. (Minerbi, 2002, pág. 23)

En 1926, Alemania firmó un nuevo tratado de amistad y neutralidad con la URSS. Para ese entonces, el país era completamente independiente en materia diplomática y de política exterior y esa situación se hizo latente con la entrega del Premio Nobel de la Paz a Stresemann en 1927. Por último, se suscribió el Pacto Briand-Kellog, donde los países signatarios renunciaban a la guerra como medio de resolución de los conflictos. (Minerbi, 2002, pág. 24) En aquel entonces, parecía improbable que el país fuera a tomar un rumbo distinto al de la cordialidad en el trato con sus vecinos y el respeto por los acuerdos alcanzados en medio de las duras condiciones económicas fruto de la derrota en 1918.

Con el ascenso de los nazis al poder en 1933, la política exterior del llamado Tercer Reich comenzó a sufrir cambios evidentes, aunque el nombramiento de Constantin von Neurath, un funcionario de carrera diplomática y de corte conservador, hizo creer a los diplomáticos y políticos extranjeros que la situación internacional no cambiaría con respecto a los hechos que venían dándose desde los tiempos de

Stresemann. Sin embargo, pronto fue evidente que Hitler tenía una concepción completamente distinta de la política exterior basada en la cooperación y en el fomento del comercio internacional y que quería dar un giro radical a las relaciones con Rusia y con Polonia. (Hildebrand, 1986, pág. 33)

Para no dar señales de sus verdaderas intenciones, Hitler ratificó el tratado de 1926 con la URSS en mayo de 1933 y suscribió el concordato con el Vaticano en julio del mismo año. Sin embargo, comenzó a dar señales de lo que sería su política exterior aislacionista, cuando en octubre anunció el retiro de Alemania de la Sociedad de Naciones, de la Conferencia de Desarme y rechazó la estrategia de seguridad colectiva. Además, abogó por las reivindicaciones alemanas en lo relacionado con la revisión del Tratado de Versalles y se reservó el derecho de que Alemania firmara contratos desvinculados de toda obligación exterior. De esta forma, el *Führer* sentó las bases de lo que sería la posterior expansión nazi hacia el Este de Europa. (Minerbi, 2002, pág. 114)

Uno de los golpes diplomáticos más fuertes dados por el Tercer Reich y en contra de lo establecido en el Tratado de Versalles, fue el plebiscito celebrado en el Sarre (*Saarland*), región fronteriza entre Alemania y Francia. En enero de 1935 y luego de una profusa campaña propagandística, los resultados de la consulta arrojaron que el 91% de la población quería integrarse al Reich, luego de más de 15 años de administración francesa consagrada en los acuerdos de Versalles. Este hecho significó para Hitler de que podía actuar impunemente y en adelante no cesó en su política exterior agresiva, siempre en contravía del orden internacional establecido por la Sociedad de Naciones. (Minerbi, 2002, pág. 115)

Entre 1936 y 1939, Hitler llevó a cabo de forma casi impune su política exterior basada en la cuestión del espacio vital (*Lebensraum*). El término *espacio vital* fue acuñado por Karl Haushofer, un polifacético autor alemán que abogaba como una necesidad del Estado la adquisición de tierras más allá de sus fronteras para garantizar la supervivencia de los ciudadanos de la nación. Según Haushofer, el *Lebensraum* es “el espacio en el cual ha crecido el cuerpo de un pueblo que quiere mantener y mejorar su vida a través de una política exterior inteligente. Es el deber de esta política exterior velar por este espacio vital y conservarlo al menos tal y como lo han heredado generaciones pasadas, expandirlo cuando resulte demasiado limitado, sin poner la existencia del pueblo en peligro de muerte, un peligro inevitable que hay que afrontar

con todas las fuerzas necesarias para asegurar la supervivencia de la población” (Haushofer, 2012, pág. 330).

Sobre la base de la expansión hacia el Este y desconociendo a propósito las directrices de la Sociedad de Naciones, Hitler inició las fases de su política exterior aislada de las potencias occidentales y buscando el acercamiento al régimen fascista italiano, que dicho sea de paso, admiraba profundamente. El 7 de marzo de 1936, un batallón de tropas germanas entró en la Renania, la zona desmilitarizada por el Tratado de Versalles y recuperó para Alemania este territorio. Este temerario paso de Hitler fue una demostración de su desprecio por el orden internacional y de la debilidad de Francia y Gran Bretaña para contenerlo, ya que con la ocupación de la Renania, Hitler rompió con toda flagrantia el Pacto de Locarno. (Kershaw, 2000, pág. 11)

Ese mismo año, la política exterior alemana comenzó a mostrar una marcada tendencia antisoviética, lo que sumado al acercamiento con Italia, le estaba dando a Hitler las razones que estaba buscando para romper con los pactos y tratados internacionales que Alemania había suscrito durante los años de la República de Weimar. Durante noviembre de 1936, y en un lapso de menos de veinte días, la Alemania nazi suscribió dos acuerdos que sellarían para siempre su destino: el “Eje Berlín-Roma” con la Italia fascista y el Pacto Antikomintern con el Imperio japonés, dirigido por militares ultranacionalistas que tenían sometido casi todo el Pacífico y a sus pueblos. (Hildebrand, 1986, pág. 48-49)

En el verano de 1936 estalló la Guerra Civil Española (GCE), cuando el general Francisco Franco desconoció el gobierno republicano de Azaña y proclamó la España nacionalista. A lo largo de tres años se presentaron continuos desmanes por parte de ambos bandos (nacionalistas y republicanos), que llevaron a que la comunidad internacional decretara un embargo hacia el gobierno republicano, que se vio privado de adquirir armamento para combatir a Franco. A pesar de la prohibición, Hitler y Mussolini enviaron armas, tropas, municiones y asesoría militar a los nacionalistas, quienes se vieron enormemente beneficiados con la ayuda alemana e italiana. Esta intervención de Hitler en la GCE estaba basada en su política exterior antisoviética y en su lucha contra el bolchevismo, decretada desde hacía años por parte del nazismo. (Hildebrand, 1986, págs. 50-51)

Ocupada la Renania y establecida la intervención en España, el siguiente paso en la política exterior aislacionista del Reich era la ocupación, o en el mejor de los casos, la anexión de Austria al Reich, sin tener que dar cuenta de estos actos a las potencias

occidentales agrupadas en la Sociedad de Naciones. En febrero de 1938, Hitler aumentó las presiones sobre el canciller austriaco Kurt von Schuschnigg para que incluyera en su gabinete al jefe del partido nazi en Austria, Arthur Seyss-Inquart, y permitiera que los nazis de ese país pudieran volver a la legalidad, ya que se encontraban realizando actividades clandestinas de propaganda y expansión del movimiento. Incapaz de resistir militarmente a las presiones, Schuschnigg dimitió casi obligado por Hermann Göring y se proclamó la anexión de Austria al Reich. El 10 de abril de 1938, Hitler convocó un plebiscito en donde el 99.7% de los austriacos aprobaron el *Anschluss* (anexión) de su país a Alemania. Una vez más, el líder nazi había desatendido con completa impunidad el orden internacional, apropiándose de una nación bajo presiones, chantajes y amenazas. (Minerbi, 2002, pág. 119-120)

El interés nacional del Estado alemán se centraba en el *Lebensraum* del Este. La conquista de Rusia, planeada desde los tiempos del *putsch* de Múnich, pasaba por alcanzar otros objetivos secundarios. Para Hitler, el tiempo apremiaba, era hora de actuar y reivindicar los Sudetes (*Sudetenland*) en Checoslovaquia, región mutilada de Alemania por el odioso pacto de Versalles y resolver la “cuestión polaca”, relacionada especialmente con la ciudad de Danzig, otrora alemana y ahora parte de ese Estado artificial que era Polonia. (Minerbi, 2002, pág. 124)

El último día de septiembre de 1938, se llevó a cabo la conferencia de Múnich. Asistieron Hitler, Mussolini, Chamberlain, Édouard Daladier, Primer Ministro de Francia, el conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini y Joachim von Ribbentrop, Ministro de Exteriores del Reich. En resumen, Checoslovaquia, a la que no se le permitió ninguna representación en la conferencia, fue obligada a entregar los Sudetes a Alemania en un plazo no mayor a 24 horas. Hitler aseguró, con toda tranquilidad, que era su última reivindicación territorial en Europa. Una vez firmado el pacto, Chamberlain regresó a Inglaterra y a su llegada levantó una copia del documento con claras muestras de entusiasmo. Menos de un año después, los nazis invadieron Polonia y desencadenaron la Segunda Guerra Mundial. (Hildebrand, 1986, págs.. 60-61)

En la conferencia de Múnich, una de las potencias ausentes, junto con los Estados Unidos, fue la URSS. Stalin, por su parte, entendió que debía remodelar su política exterior y buscar contactos con la Alemania de Hitler, para evitar que las potencias capitalistas construyeran una especie de frente unido con el que pudieran enfrentar a Rusia en el futuro. En palabras de Hildebrand, durante la conferencia de

Múnich se sentaron las bases del pacto germano-soviético de agosto de 1939 .(Hildebrand, 1986, pág. 63)

Resuelta la “crisis de los Sudetes” en favor de Alemania, el siguiente escalón se centraba en la ocupación de Polonia, o al menos de la recuperación de la ciudad de Danzig, arrebatada a Alemania por el Tratado de Versalles. En 1939, el gobierno alemán volvió a desafiar el orden internacional con la ocupación de la totalidad del territorio checo, en contravía de lo estipulado en el pacto de Múnich. Para garantizar la independencia de Polonia, Inglaterra se comprometió a ir en su ayuda en caso de una agresión alemana. Este pronunciamiento hecho sin mayor despliegue el 31 de marzo de 1939, sería uno de los desencadenantes de la guerra en septiembre. (Hildebrand, 1986, pág. 68)

El 22 de mayo de 1939, Mussolini cayó en la trampa de Hitler y se avino a firmar el llamado “Pacto de Acero”. Los alemanes tenían ya una idea más o menos clara del destino que iba a padecer Polonia en los meses venideros y llevaron a los italianos al escenario de una guerra que no estaban pidiendo. Al respecto, el artículo 3 rezaba: “Si, pese a los deseos y las esperanzas de las partes firmantes, sucediera que una de ellas se viera implicada en conflictos bélicos con una u otras potencias, la otra parte firmante se situará inmediatamente como aliada y la apoyará con todas sus fuerzas militares por tierra, mar y aire” (Minerbi, 2002, pág. 121). Una vez más, Hitler iba en contravía de la diplomacia internacional, que tenía como una premisa aceptable que el compromiso o la honra de un pacto con una nación se subordinaba al hecho de que esta fuera víctima de una agresión.

Cinco días después de la firma del Pacto de Acero, España adhirió al Pacto *Antikomintern*. Hasta 1939, la política exterior del Tercer Reich, como se ha podido observar a lo largo del capítulo, fue de un aislamiento creciente del orden internacional. En cinco años, desde la muerte de Hindenburg en 1934, hasta el inicio de las hostilidades contra Polonia, el régimen nazi llevó a cabo numerosas acciones que lo fueron apartando de la Sociedad de Naciones.

Luego de varias negociaciones secretas entre Ribbentrop y Viacheslav Mólotov, Ministro de Asuntos Exteriores de las URSS, Hitler obtuvo su más resonante y desconcertante éxito diplomático al firmar el pacto de no agresión con la Unión Soviética el 23 de agosto de 1939. Meses antes, en abril, el *Führer* había denunciado como inviable el acuerdo de no agresión con Polonia firmado en 1934, así como el acuerdo de equilibrio naval con Gran Bretaña, lo que mostraba, nuevamente, que

Alemania se estaba aislando del orden internacional y se mostraba cada vez más como un Estado agresivo, prestando poca atención a los esfuerzos por mantener al Reich en la línea diplomática. (Minerbi, 2002, págs. 124-125)

El acuerdo con la URSS dejaba a Hitler libre para emprender todo tipo de acciones militares con la seguridad de que los rusos no intervendrían. Los artículos 1 y 2 son claros al respecto: ambas partes se abstendrían de agredirse mutuamente y en caso de guerra de uno de los dos países (Alemania o la URSS) contra un tercero, este último no recibiría apoyo alguno (Minerbi, 2002, pág. 125). Además de lo anterior, el pacto contenía acuerdos comerciales (suministro de petróleo y granos desde la URSS hacia el Reich) y cláusulas secretas de reparto del territorio polaco una vez que Alemania invadiera el país, así como zonas de influencia alemanas y soviéticas en algunas partes de Europa Oriental y los países del Báltico. (Hildebrand, 1986, pág. 70)

Con la URSS de su lado, y con Francia e Inglaterra vacilantes, Hitler decidió la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939. En menos de dos semanas, las tropas del nuevo ejército alemán (*Wehrmacht*) arrasaron con toda resistencia del ejército polaco y conquistaron Varsovia. Contrario a lo que pensó, Inglaterra y Francia le declararon la guerra a Alemania el 3 y 5 de septiembre, respectivamente. El hecho agradó a Stalin en grado sumo, ya que se dio la situación que él venía soñando desde hacía años, es decir, una guerra entre las potencia capitalistas de Europa. (Hildebrand, 1986, pág. 71)

3.6. *Juche* como fuente de la política exterior aislacionista de Corea del Norte

La política aislacionista del Tercer Reich concluyó con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. En el caso coreano, puede decirse que la guerra de 1950 contribuyó a que el régimen de Kim Il-Sung se aislara del sistema internacional y buscara mantener relaciones únicamente con gobiernos y naciones afines a sus principios e intereses.

Como se observó al final del primer capítulo, Kim Il-Sung se hizo con el poder de la parte norte de Corea y desde 1949 comenzó a insistir en la necesidad de reunificar la península mediante una acción de fuerza. En junio de 1950, y tras convencer a Stalin que su ataque contra Corea del Sur no tardaría más de tres días y que además Estados Unidos se abstendría de intervenir, Kim lanzó el EPC contra las posiciones surcoreanas más allá del paralelo 38. (Castillo, 2002, pág. 73)

Sin embargo, los cálculos de Kim no correspondieron a la realidad. Estados Unidos respondió con dureza a la invasión norcoreana. Convocó con urgencia al Consejo de Seguridad de la recién creada Organización de Naciones Unidas (ONU) y tuvo la fortuna de que la URSS no se presentara a la sesión en protesta por la no inclusión del régimen comunista chino en la ONU. La petición de intervención en contra de Kim fue aprobada por unanimidad (el veto soviético no contaba, pues no había asistido a la reunión) y el respaldo de EEUU hacia Corea del Sur estuvo enmarcado en la legalidad internacional. (Castillo, 2002, pág. 74)

En octubre de 1950, más de 600 mil “voluntarios” chinos, comandados por el héroe de la guerra civil, Peng Dehuai, cruzaron la frontera y atacaron las fuerzas aliadas, haciéndolas retroceder hasta Seúl. Durante más de dos años, el frente de batalla se estiró y encogió al vaivén de las ofensivas de parte y parte. Sin embargo, ni la URSS, ni EEUU, estaban dispuestos a iniciar una tercera guerra mundial por Corea. Ambas potencias presionaron la firma de un armisticio que puso fin a las hostilidades y que nunca ha sido refrendado, por lo que, técnicamente, las dos Coreas permanecen hasta hoy en estado de guerra. (Castillo, 2002, págs. 75-76)

El final de la guerra dejó varias lecciones a Kim Il-Sung. La primera, era que debía abogar por que su país desarrollara cuanto antes una industria pesada en lugar de una ligera, para de esta forma no depender de sus aliados soviéticos y chinos, quienes a pesar de haber intervenido a su favor durante la contienda, lo presionaron para firmar el armisticio con el que nunca estuvo de acuerdo. Por esto, Kim inició un vasto programa de industrialización sin alinearse ni con Pekín, ni con Moscú, y tuvo la habilidad para lograr que ambas naciones lo “cortejaran” como dos pretendientes eternamente enamorados. (Feffer, 2004, pág. 41)

Una segunda y crucial lección se basaba en el hecho de que Corea del Norte había luchado arduamente por su independencia, por lo que no podía pasar a ser un lacayo (*sadaejui*, en coreano) de cualquier potencia, por más amistosa que se mostrara. Para Kim, la solidaridad de los comunistas estaba bien siempre y cuando no intervinieran en la prioridad nacional de ser independientes. De esta forma, se fue fraguando lo que en Occidente se conocería como la ideología *Juche* (autoconfianza). (Feffer, 2004, pág. 42)

El término *Juche* es lo opuesto a lacayo. Se trataba, ni más ni menos, de obtener una plena autonomía, una independencia económica completa de otros países, una autarquía total, dejando de lado la dependencia que no permitía un avance hacia la

prosperidad y la felicidad. Además, el contenido de la *Juche* no era solo económico, sino que abogaba por la restauración de las tradiciones coreanas, por el nacionalismo perdido debido a la influencia de una u otra potencia. Esta posición atrajo a muchos nacionalistas coreanos del sur, quienes vieron en Kim una posibilidad real, e incluso deseable, de reunificar la nación como antes de 1945. (Feffer, 2004, pág. 42)

Después del congreso del PTC celebrado en abril de 1956, Kim viajó a varios países socialistas en una gira de agradecimiento por la ayuda prestada durante la guerra y en la etapa de reconstrucción del país. La visita terminó mal para la delegación norcoreana, pues la URSS se negó a seguir cooperando mientras que el país no se trazara unos planes de desarrollo más reales. No obstante, Kim decidió seguir adelante con sus planes autónomos y decidió buscar la ayuda necesaria con Pekín. Poco después, durante una conferencia del PTC, se quemaron las naves. Las facciones pro soviéticas y pro chinas fueron arrestadas, se les acusó de ser oportunistas, revisionistas y colaboracionistas de las declaraciones que desde Moscú y Pekín se hacían en contra del modelo de desarrollo del régimen. Desde ese momento, Kim decidió aislarse de la diplomacia y llevar a cabo una política exterior autónoma e inconsulta del orden internacional. (León Manríquez, 2009, pág. 197)

La ideología *Juche* parecía ser la receta ideal. En una mezcla de paternalismo ideológico, centralismo fuerte, autosuficiencia económica, nacionalismo cultural y aislacionismo, el régimen de Kim comenzó a llevar a cabo diversos planes de desarrollo, unos con mayor éxito que otros. Además, se hizo evidente que el gasto militar tendría prioridad sobre cualquier otro rubro de la economía, por lo que todos los esfuerzos se encaminaron hacia el objetivo de que Corea del Norte siempre estuviera por encima de su enemiga del Sur en el campo bélico. (León Manríquez, 2009, págs. 198-199)

En el campo de la política exterior, la *Juche* aconsejaba un prudente equilibrio entre la pertenencia al mundo comunista, ya fuera dentro de la esfera china o soviética y una adhesión a la política de no alineamiento, muy popular por aquellos años. De hecho, Kim intentó que Corea del Norte llegara a presidir el Movimiento de Países No Alineados (NOAL) y se dio el lujo de entregar millones de dólares a países de América y África en asistencia técnica agrícola, mientras su propio pueblo era presa de una hambruna generalizada. La capacidad de maniobra de Kim con respecto a poder recibir un trato preferencial por parte de China y de la URSS sin estar subordinada a ninguna

de las dos potencias, despertó la admiración de muchos países del Tercer Mundo. (Feffer, 2004, pág. 46)

La política aislacionista de Kim le trajo algunos dividendos en materia económica. Si bien de forma oficial el país recibía casi ninguna ayuda del exterior, hubo casos de vasta cooperación con naciones del bloque comunista, como el caso de Alemania Oriental, cuyos obreros reconstruyeron varias fábricas y la ciudad de Hamhung, sin recibir un agradecimiento de parte del régimen. Entre 1948 y 1984, Rusia y China aportaron más de tres mil millones de dólares a la economía norcoreana. Las fronteras permanecían cerradas, los turistas eran escasos y la entrada de corresponsales de medios de comunicación internacionales estaba altamente restringida. Los contactos de ciudadanos norcoreanos con sus parientes del sur estaban totalmente prohibidos. (Feffer, 2004, pág. 47-48)

El aislacionismo ha sido una política estatal de Corea del Norte y tiene vigencia hasta la actualidad. Kim Il-Sung la adoptó como parte de una estrategia de supervivencia del régimen y esa actitud la heredaron su hijo, Kim Il-Jong y su nieto Kim Jong-un, quienes se tomaron en serio la idea de aislar el país para salvarlo de las nefastas influencias de otras sociedades, sin importar que fueran de la esfera comunista. Se dice que un día a mediados de los 80, Kim Il-Sung estaba de visita en China y paseaba junto al arquitecto de la reforma económica de ese país, el famoso Deng Xiaoping. Deng le señalaba los fértiles campos tecnificados, las modernas fábricas y la urbanización activa de ciudades como Pekín y Shanghai. Para probar qué pensaba, Deng le dijo a Kim “¿Ves lo que uno puede conseguir con sólo que se abra un poco la ventana?”, y Kim, luego de un prudente silencio respondió: “Sí, pero cuando abres la ventana entran las moscas” (Feffer, 2004, pág. 102).

CONCLUSIONES

El estudio de caso planteado a lo largo de este trabajo, permite llegar a conclusiones que a simple vista no serían tan evidentes. Como se mencionó en la introducción y se desarrolló a lo largo del texto, se pretendía encontrar elementos del totalitarismo que influyeran para que un régimen de esas características asumiera una política exterior aislacionista, en aras de la defensa de la supervivencia del Estado y del interés nacional.

La política exterior llevada a cabo por el nazismo entre 1933 y 1945, estuvo motivada por la búsqueda de un espacio vital (*Lebensraum*) en el Este de Europa, concretamente en territorio soviético. Esta idea fue planteada por Hitler 15 años antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, y correspondía a las prácticas de un régimen totalitario, en el sentido del uso de la fuerza, en este caso, de la guerra, con el fin de alcanzar objetivos que correspondieran al interés nacional y a la necesidad de supervivencia de la población y del Estado.

Ahora bien, la búsqueda del espacio vital significó para Alemania el desconocimiento de los pactos, tratados y acuerdos firmados por el país germano durante la República de Weimar luego de la derrota en la Primera Guerra Mundial, ya que por la vía diplomática, o plegándose al orden jurídico internacional, sería poco probable lograr los objetivos trazados en aras del interés nacional. Dejando de lado cualquier consideración conciliadora, Hitler violó el Tratado de Versalles con la reactivación de la carrera armamentista y del servicio militar obligatorio, el abandono de la Sociedad de Naciones, la anexión de Austria, la reocupación de la Renania, la invasión de Checoslovaquia y el ataque a Polonia, entre otras muchas acciones, aislaron a Alemania del sistema internacional y la convirtieron en un régimen considerado “peligroso” para sus vecinos, especialmente Francia.

De igual forma, el régimen de Kim Il-Sung inició la guerra de Corea –una guerra de agresión, sin previo aviso- con el fin de unificar la separada península bajo el sistema comunista. En la visión de Kim, esta acción estaba claramente identificada como una cuestión vital para la supervivencia del Estado norcoreano y un objetivo primordial dentro de su interés nacional, ya que el objetivo político del mandatario era precisamente poner fin a la división de Corea hecha por potencias extranjeras.

Actuando como gobernantes totalitarios e imponiéndose por la fuerza o la violencia sobre sus adversarios políticos, Hitler y Kim Il-Sung basaron su régimen en el principio de infalibilidad del líder, donde sus ideas, planes, proyectos y objetivos

personales, se equipararon a los intereses y políticas del Estado. De esta forma, y mediante un inmenso aparato de propaganda, proyectaron como necesidades nacionales sus propias ambiciones. Estas prácticas son típicas de un régimen totalitario, en donde el pensamiento político del líder, se convierte, por la fuerza o por la persuasión, en el pensamiento político del Estado y sus ciudadanos.

En ambos casos, tanto en Alemania, como en Corea del Norte, se constituyeron partidos únicos, donde toda forma de oposición al régimen fue disuelta. Estos partidos debían una obediencia incondicional y una lealtad a toda prueba para con el líder. Gracias a esto, tanto Hitler, como Kim, pudieron llevar a cabo agresivas políticas expansionistas con el respaldo completo del aparato político del partido y con el favor de una camarilla de acólitos que los respaldaron hasta la muerte.

Como se afirmó en el segundo capítulo, la política exterior suele ser una extensión de la política doméstica y este principio se aplicó casi de forma idéntica en Alemania y Corea del Norte. Ambos regímenes optaron por aislarse del sistema internacional e iniciaron vastos programas de autarquía que les permitieron reducir al mínimo posible la dependencia externa. Además, buscaron aliados de ideología similar, evitando en lo posible el contacto con sociedades y culturas a las que consideraron decadentes o inferiores.

Si bien es cierto que el aislacionismo hace referencia a la no intervención de un Estado en los asuntos de otro Estado soberano, tanto Alemania como Corea del Norte intervinieron de forma directa en varios momentos de sus gobiernos, mediante una especie de “aislacionismo perverso”, consistente en ir en contravía del orden internacional, que buscaba la paz y el entendimiento de las naciones luego de la debacle de las dos guerras mundiales.

Mientras se escriben estas líneas, el régimen norcoreano de Kim Jong-un, nieto del líder Kim Il-Sung, declaró abiertamente que su gobierno había ensayado con éxito la detonación de una bomba de hidrógeno y el lanzamiento de misiles de largo alcance, así como la puesta en órbita de satélites de comunicación que pueden tener otros objetivos, como espiar a sus archienemigos surcoreanos y japoneses. Nuevamente, y a pesar del rechazo mundial, el régimen aislacionista superpone su interés nacional por encima de cualquier cosa, incluso de la supervivencia de toda una región.

BIBLIOGRAFÍA

Capítulos de Libros

- Abella, R. (1982) “Hiroshima, la hecatombe nuclear” en *Historia Ilustrada del Siglo XX*. Bogotá, Orbis.
- Arendt, H. (1998) “El antisemitismo como un insulto al sentido común” en *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Taurus.
- Arendt, H. (1998) “Imperialismo continental” en *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Taurus.
- Arendt, H. (1998) “La decadencia de la Nación-Estado y el final de los Derechos del Hombre” en *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Taurus.
- Barbé, E. (1995) “La teoría de las Relaciones Internacionales” en *Relaciones Internacionales*. Madrid, Tecnos.
- Bullock, A. (1959) “Los años de lucha” en *Hitler: estudio de una tiranía*. México, Grijalba.
- Carr, E.H. (2004) “La crisis internacional” en *La crisis de los veinte años (1919-1939). Una introducción al estudio de las relaciones internacionales*. Madrid, Catarata.
- Carter, B. (2014) “This first crime of the National Socialists” en *Burning the Reichstag. An investigation into the Third Reich’s enduring mystery*. Nueva York, Oxford University Press.
- Castillo, S. (2002) “Japón y su influencia en Asia” en *La unificación de Corea. El epílogo de la Guerra Fría*. Madrid, Catarata.
- Castillo, S. (2002) “División de la península coreana” en *La unificación de Corea. El epílogo de la Guerra Fría*. Madrid, Catarata.
- Castillo, S. (2002) “Presidente eterno” en *La unificación de Corea. El epílogo de la Guerra Fría*. Madrid, Catarata.

- Elson, R. (1995) “El preludio de la guerra” en *La Segunda Guerra Mundial*. Barcelona, Folio.
- Feffer, J. “Conquistados y divididos” en *Corea del Norte, Corea del Sur. La política estadounidense en una época de crisis*. (2004) Barcelona, RBA Libros.
- Fest, J. (1974) “Origen y partida” en *Hitler. Juventud y conquista del poder*. Barcelona, Noguer.
- Fest, J. (1974) “Redención por la guerra” en *Hitler. Juventud y conquista del poder*. Barcelona, Noguer.
- Graebner, N.A. (1974) “Aislacionismo” en David L. Sills (Ed) *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*.
- Haro, E. (1982) “El proceso de Nuremberg, vencedores y vencidos” en *Historia Ilustrada del Siglo XX*. Bogotá, Orbis.
- Hildebrand, K. (1988) “Relato histórico” en *El Tercer Reich*. Madrid, Cátedra.
- Hitler, A. (1982) “Reflexiones políticas de la época” en *Mi Lucha*. Bogotá, SKLA.
- Hitler, A. (1982) “La guerra mundial” en *Mi Lucha*. Bogotá, SKLA.
- Hitler, A. (1982) “Propaganda de guerra” en *Mi Lucha*. Bogotá, SKLA.
- Hitler, A. (1982) “La Revolución” en *Mi Lucha*. Bogotá, SKLA.
- Hitler, A. (1982) “El inicio de mi vida política” en *Mi Lucha*. Bogotá, SKLA.
- Kershaw, I. (1999) “Se descubre un talento” en *Hitler: 1889-1936*. Barcelona, Península.
- Kershaw, I. (1999) “El Tambor” en *Hitler: 1889-1936*. Barcelona, Península.
- Kershaw, I. (1999) “Surge el caudillo” en *Hitler: 1889-1936*. Barcelona, Península.
- Kershaw, I. (1999) “El dominio sobre el movimiento” en *Hitler: 1889-1936*. Barcelona, Península.
- Kershaw, I. (2000) “Hitler triunfante” en *Hitler: 1936-1945*. Barcelona, Península.

- Kershaw, I. (2000) “Licencia para la barbarie” en *Hitler: 1936-1945*. Barcelona, Península.
- Kershaw, I. (2000) “El cénit del poder” en *Hitler: 1936-1945*. Barcelona, Península.
- Kim, Il S. (1994) “Canción del río Amrok” en *En el transcurso del siglo*. Pyongyang, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- León Manríquez, J.L. (2009) “De Choson a Chosen: unión y fractura de la nación coreana” en *Historia mínima de Corea*. México, El Colegio de México.
- León Manríquez, J.L. (2009) “El rompecabezas coreano de la posguerra” en *Historia mínima de Corea*. México, El Colegio de México.
- León Manríquez, J.L. (2009) “Corea del Norte” en *Historia mínima de Corea*. México, El Colegio de México.
- Lukacs, J. (1997) “Estado, pueblo, raza, nación” en *El Hitler de la Historia. Juicio a los biógrafos de Hitler*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Machtan, L. (2001) “La malograda fuga hacia una vida regida por la estética” en *El secreto de Hitler*. Barcelona, Planeta.
- Maquiavelo, N. (1996) “De lo que debe hacer un príncipe para ser estimado” en *El Príncipe*. Madrid, Espasa Calpa.
- Minerbi, A. (2002) “De la estabilidad a la crisis” en *Atlas ilustrado del nazismo*. Madrid, Susaeta.
- Minerbi, A. (2002) “La Revolución Nacional” en *Atlas ilustrado del nazismo*. Madrid, Susaeta.
- Minerbi, A. (2002) “Terror, persecución, oposición” en *Atlas ilustrado del nazismo*. Madrid, Susaeta.
- Minerbi, A. (2002) “La política exterior” en *Atlas ilustrado del nazismo*. Madrid, Susaeta.

Morgenthau, H. (1986) *Política entre las naciones, la lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano.

Shirer, W. (1959) “Triunfo y consolidación” en *Auge y caída del Tercer Reich*. Nueva York, Touchstone.

Publicaciones Académicas

Bastos, M.A. (2005) *Antiimperialismo de derechas: la tradición política del aislacionismo norteamericano*. Santiago de Compostela, RIPS. 4 (1) 97-113.

Haushofer K. (2012) *Los fundamentos geográficos de la política exterior*. Geopolítica(s). 3 (2) 15-33

Holsti, O.R. and Rosenau, J. (1998) *The domestic and foreign policy beliefs of American leaders*. Journal of Conflict Resolution. 32. 248-294.

Hurwitz, J. M. Peffley. (1987) *How are foreign policy attitudes structured? A hierarchical model*. American Political Science Review. 18. 1101-1120.

Legro, J.W. (2000) *Whence American internationalism*. International Organization. 54. 253-290.

Lumsdaine, D.H. (1996) *The intertwining of international and domestic politics*. Polity. 29. 299-306.

Murray, S.K. (1996) *Anchors against change: American opinion leaders' beliefs after the cold war*. Ann Arbor, University of Michigan Press. 153-180.

Oro Tapia, L.R. (2009) *En torno a la noción de realismo político*. Revista Enfoques. 7 (10). 18-37

Sanhueza, R. (2003) *El realismo político ¿Un denostado desconocido?* UNED, Teoría y Realidad Constitucional. (10-11) 408-414.

Wittkopf, E. R. (1990) *Faces of internationalism: Public opinion and foreign policy*, Durham, NC, Duke University Press. 116-123.